

LAS COLUMNAS DE LA SOCIEDAD
DE
HENRY IBSEN

Comedia en cuatro actos

Seminario de Drama

CASA # 12

PERSONAJES

CONSUL BERNICK
FRY, su mujer
OLAF, su hijo
SEÑORITA MARTA BERNICK
JUAN TONNESEN
HILMAR TONNESEN
SEÑORITA LONA HESSEL
RORLUND, vicario
RUMMEL

PERSONAJES

SEÑORA RUMMEL
SEÑORITA RUMMEL
WIEGELAND
SANDSTAD
SEÑORITA DINA DORF
KRAPP
AUNE
SEÑORITA LINGE
SEÑORA HOLD
SEÑORITA HOLD



SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

HABITANTES DE LA CIUDAD, MARINOS, FORASTEROS

El lugar de la acción es la casa del cónsul Bernick, en una pequeña población de la costa noruega.

ACTO PRIMERO

Gran salón, que da al jardín, en casa del cónsul Bernick.

En primer término, á la derecha, puerta del despacho del cónsul. Un poco más atrás, otra puerta igual. En el centro, gran puerta. Al foro, puerta vidriera, á través de la cual se ve una escalinata, cubierta por una marquesina, y parte del jardín, que está rodeado por emparrado, con otra puertecita. A lo largo del emparrado pasa una calle, salpicada en su acera de enfrente por casitas pintadas en tono claro. Hace un cálido sol de estío. De vez en cuando algunos paseantes se paran para hablar. En un almacén, al final de la calle, entran compradores.

En el salón están sentadas muchas señoras en torno de una mesa. La señora Bernick, al centro. A un lado, a la derecha, la señora y la señorita Holt; después la señora y la señorita Rummel. A la izquierda de la señora Bernick, la señorita Linge y las señoritas Bernick y Dina Dorf. Todas hacen labores. Encima de la mesa, muchos patrones, trozos de encajes, vestidos, etc. Un poco más atrás, en una mesita sobre la que han puesto un ramo y un vaso de agua azucarada, está sentado el vicario Rorlund, que lee, en un libro encuadernado con cantos dorados, de modo tan confuso, que apenas se le entiende una palabra de cuando en cuando.

Olaf Bernick juega en el jardín y se divierte lanzando flechas con un arco sobre un blanco improvisado.

Después de un rato de lectura de Rorlund, entra por la puerta de la izquierda Aune, el contramaestre. Se interrumpe la lectura un momento. La señora Bernick le indica por señas la puerta de la derecha. Aune atraviesa el salón y llama suavemente varias veces, dejando un espacio de tiempo entre cada llamada, a la puerta del despacho del cónsul. El señor Krapp, jefe de contabilidad, con sombrero en la mano y papeles bajo el brazo, sale del despacho.

Seminario Multidisciplinario Josemillo González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

L122801

MDISKS
C-1

KRAPP...¿Había usted llamado?

AUNE... El señor cónsul me había dicho que quería hablarme.

KRAPP... Es verdad, pero no puede recibirle. Me ha encargado que le diga...

AUNE... ¿A usted? Sin embargo, yo quisiera.....

KRAPP.....Que deje de dar las conferencias que da los sábados a los obreros.

AUNE... ¿Cómo? Creía que me estaba permitido consagrar el tiempo libre á.....

KRAPP... No puede consagrar el tiempo libre en sembrar el descontento entre los obreros. El sábado pasado les habló usted de los perjuicios que les causan las nuevas máquinas y nuestra nueva distribución de trabajo en el astillero. ¿Con qué fin?

AUNE... Con el fin de ser útil a la sociedad.

KRAPP...;Bah! Entretanto, el cónsul dice que así se desorganiza la sociedad.

AUNE... Mi sociedad no es la del cónsul, señor contable, y, como presidente de la Unión Obrera, debo...

KRAPP.. Ante todo, en el astillero representa usted al cónsul Bernick; ante todo, debe usted cumplir sus deberes con la sociedad del cónsul Bernick, que nos da de comer á todos. Y ahora ya sabe usted lo que quería decirle el cónsul.

AUNE... El cónsul no me lo hubiera dicho de esta manera, señor contable. Pero sé que le debo dar gracias por esta lección. Son los malditos marinos americanos. Esa gente quiero que se trabaje aquí a su manera y que....

KRAPP... Sí, Sí, Sí, No he de discutir más sobre ello. Ahora conoce usted la opinión del cónsul. Tenga la bondad de regresar al astillero, porque seguramente hará usted falta allí. Voy a reunirme con ustedes en seguida. Perdón, señoras. (Saluda, atraviesa el jardín y va hacia la calle. Aune se aleja por la puerta de la izquierda, Rorlund, que durante esta conversación ha continuado la lectura en voz baja, acaba poco después y cierra el libro ruidosamente.)

RORLUND... Y he aquí, respetables señoras, acabada la historia

SRA. RUMMEL...; Qué instructiva!

SRA. HOLT...;Qué moral!

SRA. BERNICK.. Realmente un libro así inspira muchas reflexiones.

RORLUND... Sí, es un contrapeso bienhechor de los productos diarios de la prensa. ¿Qué se oculta bajo las apariencias brillantes y recargadas de que se muestra tan orgullosa la alta sociedad? Podredumbre y vacío. Falta lo moral. Es un sepulcro blanqueado.

SRA. HOLT... Tiene mucha razón.

SRA. RUMMEL... Basta mirar a los marinos americanos que actualmente están en nuestra ciudad.

RORLUND... No quiero hablar de esta espuma de la sociedad, no. Pero ¿qué pasa en las clases directoras? La duda y la indecisión dominan en las almas; la desconfianza anida en los espíritus. La vida de familia desaparece. ;Vean con qué audacia se revuelven contra las verdades más santas!

SRTA. DINA...(sin levantar la vista) Sin embargo, también se realizan bellas y grandes acciones.

RORLUND... ¿Bellas y grandes?... No comprendo.

SRA. HOLT.... Pero, Dina, ;por Dios!.....

SRA. RUMMEL (al mismo tiempo)... Pero Dina, ¿cómo puedes.....?

RORLUND... No veo que sea provechoso introducir entre nosotros esas grandezas y esas bellezas, y debemos dar gracias a Dios porque todo continúe como está. Siempre crece cizaña entre las plantas buenas, pero debemos procurar por todos los medios arrancarla. Nosotros, señoras, debemos vigilar todos por igual para que nuestra sociedad continúe pura y para arrojar lejos el espíritu de rebelión, que nos proporcionaría muchos sinsabores.

SRA. HOLT... ¡Ay! ¡Ya hay más del que quisiéramos!

SRA. RUMMEL... Sí. Poco faltó el año pasado para que se hiciese pasar el ferrocarril por aquí.

SRA. BERNICK... Afortunadamente, Bernick pudo impedirlo.

RORLUND...; La Providencia, señora Bernick ! Esté usted convencida de que su esposo fué instrumento suyo hasta en aquellos momentos en que parecía habernos retirado su apoyo.

SRA. BERNICK... ;Y cuántas cosas desagradables tuvo que leer en los periódicos! Pero nos olvidamos de darle a usted las gracias, señor vicario. Es mucha amabilidad por parte suya sacrificarnos gran parte de su tiempo.

RORLUND... ;Oh! No vale la pena. Estoy en vacaciones.

SRA. BERNICK.. Esto no impide que sea un gran sacrificio.

RORLUND.... (acercando su silla) No hablemos de ello, querida señora Bernick. ¿No os sacrificáis todas vosotras para realizar una buena obra, y no lo hacéis con gusto y hasta alegremente? Esa pobre gente tan corrompida, por cuya salvación trabajamos, debe ser considerada como heridos en el campo de batalla. Y vosotras, señoras, sois los enfermeros, las hermanas de la Caridad que preparan las hilas, vendan los heridos, curan y consuelan.

SRA. BERNICK... Debe ser dón especial del Señor poder considerar todas las cosas bajo aspecto tan hermoso.

RORLUND..... A veces esta gracia es, en efecto, innata; pero también puede adquirirse. Basta contemplar la vida a la luz del deber. ¿Qué dice usted, señorita Bernick? ¿No es usted más feliz desde que se consagra por entero a su escuela?

SRTA. MARTA.. No sé, en realidad, lo que debo contestar. A veces, al ir á clase, me pongo a soñar que estoy muy lejos de aquí, sobre un mar tempestuoso.

RORLUND..... Esas son, querida señorita, tentaciones culpables, huéspedes inquietos que hay que arrojar. El mar tempestuoso de que habla usted en sentido figurado es la gran sociedad, llena de abismos, en los cuales tantos naufragaron. Lealmente: ¿desea usted vivir esa vida cuyo murmullo lejano llega á su oído? Fíjese usted en la calle. Véala llena de hombres que corren bajo el ardor del sol, azorados bajo el peso de sus preocupaciones mezquinas. ¿No somos más felices nosotros, sentados cómodamente en torno de la mesa, en un salón de agradable temperatura y de espaldas á la tempestad?

SRTA. MARTA.. Sí, Sí; tiene usted razón.

RORLUND..... ¿En esta casa tan buena, tan hospitalaria, en que la vida de familia aparece en su más alta encarnación, en que reinan la paz y la concordia? (A la señora Bernick) ¿Qué mira usted con tanta fijeza, querida señora?

SRA. BERNICK.. (Señalando el despacho de su esposo)...¿Qué alboroto!

RORLUND..... ¿Se trata de algo extraordinario?

SRA. BERNICK.. No sé. Hay alguien con mi marido. (Hilmar Tonnesen entra, con el cigarro en la boca, por la puerta de la izquierda y se detiene, sorprendido)

HILMAR..... ;Oh! ;Perdonen! (Hace ademán de retirarse)

SRA. BERNICK... No. Hilmar, quédate. No nos estorbas. ¿Deseas algo?

HILMAR... ¿Yo? No. Pasaba... Buenos días, señores. (A la señora Bernick) ¿Cómo va á acabar eso?

SRA. BERNICK... ¿Qué?

HILMAR..... Bernick convocó á una reunión.

SRA. BERNICK.....¿De verás? ¿Y de qué se trata?

HILMAR....; Siempre del ferrocarril! Es un marco.

SRA. RUMMEL..... No ¿Es posible?

SRA. BERNICK.... ; Pobre Ricardo! ; Va a tener más disgustos!

RORLUND... Pero, ¿cómo es posible, señor Tonnesen? El señor Bernick les dijo el año pasado terminantemente que no quería saber nada del ferrocarril.

HILMAR..... Sí, es verdad. Pero Krapp acaba de contarme que ha vuelto á ponerse la cuestión sobre el tapete. En este momento Bernick está en conferencia con tres financieros de la población.

SRA. RUMMEL.. Sí, me parece haber oído la voz de mi marido.

HILMAR..... Si. El señor Rummel está allí con el señor Sandstad y el señor Miguel Wiegeland, á quien se la llama vulgarmente San Miguel.

RORLUND....¿Eh?

HILMAR..... Perdón, señor vicario.

SRA. BERNICK.... ; Estábamos tan tranquilos!

HILMAR....A mí no me parece mal que se vuelvan a ocupar de la cuestión del ferrocarril. Al menos será una distracción.

RORLUND... Podríamos prescindir muy bien de diversiones de este género.

HILMAR... Según los caracteres. Hay quien necesita gastarse en combates excitantes. La vida de una pequeña población ofrece pocas ocasiones. Y no todo el mundo puede...(Hojea el libro del vicario) "La mujer en sociedad." ¿Qué tontería es esta?

SRA. BERNICK... ; Dios mío, Hilmar, no hables así! Seguramente no has leído ese libro.

HILMAR... No, gracias á Dios.

SRA. BERNICK... No estás bueno hoy.

HILMAR... No; en efecto.

SRA. BERNICK... No debes haber dormido bien anoche.

HILMAR... No, he dormido muy mal. Precisamente por mi malestar di ayer noche un paseo. Después me fui al círculo, donde leí el relato de un viaje al polo Norte. Me parece que se adquiere valor siguiendo así al hombre en su lucha contra los elementos.

SRA. RUMMEL... Y esto tal vez le haya impresionado, señor Tonnesen.

HILMAR... Su observación es muy justa, señora Rummel. Me pasé la noche dando vueltas, en una especie de sopor en que me veía perseguido por una morosa horrible.

OLAF..... (Que llega por la escalinata) ¿Te ha perseguido una morsa, tío?

HILMAR... En sueños solamente, travieso. Pero ¿aún juegas con ese arco ridículo? ¿Por qué no te ejercitas con un arma más seria?

OLAF..... Bien quisiera; pero....

HILMAR... Un arma de fuego significaría algo, por lo menos. Cuando se dispara se experimenta una sensación de... se contraen los nervios y....

OLAF... Sí, y así podría matar osos, tío. Pero papá no quiere.

SRA. BERNICK... No le metas esas ideas en la cabeza, Hilmar.

HILMAR... ; Bah! Es la generación que crece; no se habla más que de ejercicios y de perfeccionamientos. ; Que Dios tenga piedad de nosotros! Todo es juego y simulacro. ; Dónde encontrar el valor verdadero, el valor que mira virilmente al peligro, cara á cara? ; No des vueltas á mi alrededor con tu arco, cabeza loca! Podría dispararse la flecha.

OLAF... No hay flecha, tío.

HILMAR..... ; Lo sabes? Tal vez haya una. Quitála, te digo. ; Por qué no te fuiste á América con los navíos de tu padre? Allí podrías cazar búfalos ó luchar contra los pieles rojas.

SRA. BERNICK... Pero ; Hilmar!

OLAF... Bien lo quisiera yo! Me iría en busca del tío Juan y de la tía Lona.

HILMAR.... Eso es.

SRA. BERNICK... ; Vaya, vuélvete al jardín, Olaf!

OLAF.... Mamá, ; puedo irme á la calle?

SRA. BERNICK... Sí, pero no estés mucho tiempo. (Vase Olaf)

RORLUND.... Usted no debía imbuir estas locuras en el cerebro de un niño, señor Tonnesen.

HILMAR... ; Claro está! Es mejor que el niño se quede en casa y se convierta en un muchacho sin experiencia, como tantos otros.

RORLUND... ; Y usted por qué no viaja?

HILMAR... ; Yo? ; Enfermo como estoy? Es verdad que no pasan muchas cosas en la ciudad; pero siempre hay deberes que cumplir con la sociedad en que se vive. Es necesario que haya al menos una persona aquí que mantenga en alto la bandera intelectual. ; Uy! ; Cómo grita ese!

RORLUND.... ; Quién es el que grita?

HILMAR..... No sé. Hablan muy fuerte y me ponen nervioso.

SRA. RUMMEL... Debe ser mi marido, señor Tonnesen. ; Tiene tanta costumbre de hablar ante grandes asambleas....!

RORLUND.... Pero los demás parece que tampoco hablan en voz baja.

HILMAR..... Naturalmente. Cuando se trata de defender la bolsa... Todo lo dominan las cuestiones de interés material. ; Bah!

SRA. BERNICK... Más vale ahora que antes, en que se perdían tantas cosas.

SRA. LINGE.... ; Iban mal en otro tiempo los negocios?

SRA. RUMMEL... Lo puedo asegurar, señora Linge, y puede usted considerarse feliz por no haber estado aquí en aquella época.

SRA. HOLT.... Han cambiado muchas cosas. ; Cuando recuerdo nuestra juventud....!

SRA. RUMMEL... Basta retroceder catorce ó quince años. ; Dios mío, qué vida se llevaba! En aquel tiempo había una Sociedad de baile y una Sociedad musical.

SRA. BERNICK... Y una Sociedad dramática, si no recuerdo mal.

SRA. RUMMEL... Sí, que representó su obra, señor Tonnesen.

HILMAR.... (retirándose) Bah! Dejádme en paz!

RORLUND... ¿Una obra del señor Tonnesen?

SRA. RUMMEL.. Sí, mucho antes de su llegada, señor vicario. Sólo se representó una vez.

SRA. LINGE... ¿No fué en esta obra en la que me contó usted que había desempeñado un papel de dama joven, señora Rummel?

SRA. RUMMEL.. (Mirando de reojo al vicario) ¿Yo? No me acuerdo, señora Linge. De lo que me acuerdo muy bien es de la vida bulliciosa y mundana que llevaban entonces las familias.

SRA. HOLT... Sí, había casas en que se daban hasta dos bailes por semana.

SRA. LINGE... También hubo una compañía de teatro.

SRA. RUMMEL.... ¿Eso fué peor!

SRA. HOLT.....(Con gran agitación); Ejem! ; Ejem!

SRA. RUMMEL.... ¿Actores? No recuerdo.

SRA. LINGE..... Parece que esa gente jugó malas pasadas. ¿Qué ocurrió exactamente?

SRA. RUMMEL.... Creo que nada, señora Linge.

SRA. HOLT..... Querida Dina, dame ese trozo de encaje.

SRA. BERNICK... (Al mismo tiempo) Dina, vé á decir a Catalina que traiga el café.

SRTA. MARTA.... Voy contigo, Dina. (Dina y la señorita Bernick salen juntas por la segunda puerta de la derecha)

SRA. BERNICK..... (Levantándose) Las reugo que me perdonen un momento, señoras. Vamos a tomar el café fuera, ¿no es verdad? (Se va por la escalinata y pone un tapete sobre una mesa. El vicario, en el dintel de la puerta, habla con ella. Hilmar, sentado fuera, fuma.)

SRA. RUMMEL..... (En voz baja) Dios mío, señora Linge, qué miedo me ha hecho usted pasar!

SRA. LINGE..... ¿Yo?

SRA. HOLT. Sí, pero usted empezó, señora Rummel.

SRA. RUMMEL..... ¿Yo? ¿Cómo dice usted eso? No he hablado ni palabra.

SRA. LINGE..... ¿Pero qué es eso, pues?

SRA. RUMMEL..... ¿Cómo habla usted de....? Reflexione usted... Usted no se ha fijado en que Dina escuchaba....

SRA. LINGE..... ¿Dina? Pero, Dios mío, ¿es que acaso ella....?

SRA. HOLT..... ; Y aquí, en esta casa! ¿No sabía usted que era hermano de la señora Bernick?

SRA. LINGE..... ¿Cómo? No sé nada.... Hace tan poco tiempo que...

SRA. RUMMEL..... ¿No ha oído usted decir que....? (A su hija) Puedes ir un rato al jardín, Hilda.

SRA. HOLT..... Tú también, Nella, y sé cariñosa con la pobre Dina. (Hilda Rummel y Nella Holt van al jardín)

SRA. LINGE..... Bueno, diga usted ahora lo que le sucedió al hermano de la señora Bernick.

- SRA. HOLT..... ¿Ignora usted el escándalo horroroso que dió?
- SRA. LINGE..... Que Hilmar Tonnesen dió un....
- SRA. RUMMEL.... ¡No, Hilmar es su primo. Hablo de su hermano.
- SRA. HOLT..... El que ha acabado mal.
- SRA. RUMMEL... Se llamaba Juan. Se marchó á América.
- SRA. HOLT..... Tuvo que marcharse.
- SRA. LINGE.... ¿Y fué él el que dió el escándalo?
- SRA. RUMMEL... Sí. Era tan... ¿Cómo le diré yo? Fué una historia con la madre de Dina. Me acuerdo como si fuera ayer. Juan Tonnesen comerciaba entonces en compañía de la antigua señora Bernick. Ricardo Bernick acababa de llegar de París y no se había casado todavía.
- SRA. LINGE.... Bueno; pero ¿y el escándalo horroroso?
- SRA. RUMMEL... Aquel invierno teníamos aquí á la compañía teatral de Muller.
- SRA. HOLT..... Y en la compañía había un actor llamado Dorf, que era casado. Todos los jóvenes estaban locos por su mujer.
- SRA. RUMMEL... ¡Sólo Dios sabe cuánto se empeñaban en encontrarla hermosa! Pero una noche en que el actor Dorf regresó tarde á su casa...
- SRA. HOLT..... Y en que no se le esperaba.....
- SRA. RUMMEL... Encuentra... no.. realmente no puede contarse eso.
- SRA. HOLT..... No, señora Rummel; no pudo encontrarse nada porque la puerta estaba cerrada por dentro. El joven tuvo que saltar por la ventana.
- SRA. RUMMEL... Por la ventana.
- SRA. LINGE.... Y era el hermano de la señora Bernick.
- SRA. RUMMEL... Era el hermano de la señora Bernick.
- SRA. LINGE... ¿Y después de esto partió para América?
- SRA. HOLT... Le obligaron.
- SRA. RUMMEL... También descubrieron otra cosa que no estaba bien. Había andado en la caja.
- SRA. HOLT... Aun no se sabe la verdad exacta de todo aquello. Tal vez no son más que rumores.
- SRA. RUMMEL... Perdone usted. Lo sabe toda la población. La antigua señora Bernick, ¿no estuvo á punto de quebrar á raíz de este asunto? Lo sé por Rummel mismo. Por lo demás, Dios me libre de.....
- SRA. HOLT.... De todos modos, la señora de Dorf no recibió dinero porque ella...
- SRA. LINGE... Sí, ¿pero que pasó con los padres de Dina?
- SRA. RUMMEL... Dorf dejó plantada á su mujer y á la niña y continuó su camino. Pero esta señora tuvo el atrevimiento de quedarse aquí un año. Hay que decir que no volvió á presentarse en las tablas. Ganó su vida cosiendo y lavando.
- SRA. HOLT.... También quiso dar lecciones de baile.
- SRA. RUMMEL... Naturalmente, no pudo ser. ¿Qué padres hubieran confiado sus hijas a semejante mujer? Además, la historia no es larga. Esta mujer bonita no estaba acostumbrada a trabajar, enfermó del pecho y murió.
- SRA. LINGE.... Fué realmente un escándalo horroroso.

- SRA. RUMMEL... Ya puede usted comprender que fué para los Bernick píldora difícil de tragar. Es un punto negro en el sol de su felicidad, como dijo muy bien mi marido. De modo que librese usted de hablar de esto aquí.
- SRA. HOLT.... Ni hable usted tampoco de su hermana por parte de madre.
- SRA. LINGE... En efecto, la señora Bernick tiene también una hermana por parte de madre.
- SRA. RUMMEL... Y en ella, afortunadamente acaba la parentela. Era una original... Figúrese usted que llevaba el pelo recortado, y que, cuando llovía, salía con botas de hombre.
- SRA. HOLT..... Y cuando su hermano, el mal sujeto, tuvo que huir a América ante la indignación de toda la ciudad contra él, ¿sabe usted lo que hizo ella? Se fué con él.
- SRA. RUMMEL.... ¿Y el escándalo que dió antes de marcharse, señora Holt?
- SRA. HOLT..... No me hable usted.
- SRA. LINGE..... ¿Cómo? ¿Dió un escándalo?
- SRA. RUMMEL.... Sí, señora Linge. Ricardo Bernick acababa de desposarse con Betty Tonnesen, y precisamente cuando iba del brazo de su prometido a decirselo á su tía.....
- SRA. HOLT..... Necesita usted saber que los Tonnesen eran huérfanos.
- SRA. RUMMEL.... Lona Hessel se levantó y dió al elegante Ricardo Bernick una bofetada que le hizo ver las estrellas.
- SRA. LINGE..... Pero ¿puede creerse?
- SRA. HOLT..... Así es.
- SRA. RUMMEL.... Después de esto, lió el petate y se marchó.
- SRA. LINGE..... ¿Le pretendía acaso?
- SRA. RUMMEL..... ; Figúrese usted! Creía que se casaría con él á su regreso de París.
- SRA. HOLT..... ¿Puede imaginarse tal audacia? Bernick, el hombre de mundo elegante, el perfecto caballero, el favorito de las señoras....
- SRA. RUMMEL.... Y tan comedido, tan moral!
- SRA. LINGE..... ¿Qué fué de la señorita Hessel en América?
- SRA. RUMMEL.... ; Oh, eso lo cubre un velo que es difícil levantar, como dice muy bien mi marido!
- SRA. LINGE..... ¿Cómo?
- SRA. RUMMEL.... Ha roto sus relaciones con la familia. Lo que sabemos todos es que ha cantado por dinero en los cafés.
- SRA. HOLT..... *me pido y busco negocio.* Y que ha dado conferencias en salones públicos.
- SRA. RUMMEL.... Y que ha publicado un libro que no tiene pies ni cabeza.
- SRA. LINGE.... ; No es posible!
- SRA. RUMMEL.... Sí, Lona Hessel es otra mancha en el sol de su felicidad familiar. Pero crea usted, señora Linge, que sólo hablé del asunto para que esté prevenida en lo futuro.
- SRA. LINGE.... No toma usted. Me fijaré en lo que hable. ; Pobre Dina Dorf! Me da pena.
- SRA. RUMMEL.... Bah! Fué una verdadera suerte para ella. ; Figúrese usted el porvenir que la esperaba con sus padres! Como es natural, todos

la acogimos bien é hicimos cuanto pudimos por ella. La señorita Bernick estuvo muy contrariada al ver que entraba en esta casa.

SRA. HOLT..... Además, siempre fué difícil de gobernar. Con tales ejemplos, se comprende... No es igual que nuestros hijos.

SRA. RUMMEL.... ¡Psit! Ahí vuelve. (En voz alta) Dina es muy trabajadora....
¡Ah! ¿Eres tú, Dina?

SRA. HOLT..... ¡Qué bien haces el café, querida Dina! Una tacita por la mañana...

SRA. BERNICK.... (desde la escalinata) Señoras, ¿tienen la amabilidad? (entretanto la señorita Bernick y Dina han ayudado a la criada a servir el café. Todas las señoras se colocan fuera y manifiestan afabilidad especial a Dina. Esta vuelve casi en seguida al salón y busca su labor.) Dina, ¿no vas?

DINA..... No. Gracias. (reanuda su labor. La señora Bernick y el vicario hablan en voz baja. Después éste entra en el salón.)

RORLUND..... (Finge buscar algo cerca de la mesa y dice en voz baja.) ¡Dina!

DINA..... ¿Qué?

RORLUND..... ¿Por qué no quieres venir al jardín?

DINA..... Al llevar el café me di cuenta, por la cara de esas señoras, que habían hablado de mí.

RORLUND..... ¿Y no te diste cuenta de su amabilidad?

DINA..... Sí; pero ya sé á qué atenerme sobre el particular.

RORLUND..... Tienes mala cabeza, Dina

DINA..... Sí

RORLUND.... ¿Por qué?

DINA..... No puedo ser de otro modo.

RORLUND.... Puedes probar

DINA..... No.

RORLUND..... ¿Por qué?

DINA..... (Mirándole fijamente) Soy una de esas personas moralmente corrompidas de que se hablaba antes.

RORLUND..... ¡Vamos, Dina!

DINA..... Mi madre también lo fué.

RORLUND.... ¿Quién te ha hablado de esto?

DINA..... Nadie. No hablan conmigo. ¿Por qué no hablan conmigo? Son tan prudentes conmigo como si fuera á quebrarme como un cristal. ¡Cuánto odio esas benevolencias!

RORLUND.... Querida Dina, comprendo que estés molesta aquí; pero.....

DINA..... ¡Si pudiera marcharme!... Podría seguir sola mi camino por el mundo, y no tendría que vivir con personas tan...tan...

RORLUND..... ¿Tan...qué?

DINA..... Tan respetables y tan morales.

RORLUND..... Pero, Dina, ¿qué quieres decir?

DINA..... Ya comprende usted lo que quiero decir. Veo que traen aquí todos los días á las señoritas Rummel y Holt para que me sirvan de mo-

delos. Pero nunca estaré tan bien educada como ellas, ni tampoco lo quiero. ¡Ah! Si pudiera irme, sería una buena muchacha!

RORLUND..... Eres una buena muchacha, Dina.

DINA..... ¿De qué me sirve aquí?

RORLUND..... Entonces...viajar.... partir... ¿Lo piensas seriamente?

DINA..... No estaría aquí ni un solo día más si no fuera por usted.

RORLUND.... Dime, Dina, ¿por qué te gusta estar conmigo?

DINA..... Porque me enseña usted cosas hermosas.

RORLUND.... ¿Cosas hermosas? ¿Qué hay de bello en cuantas lecciones puedo darte?

DINA..... Sí.... ó mejor dicho, no es que me enseñe nada. Pero cuando habla usted, me parece que me remonto á una atmósfera de belleza.

RORLUND.... ¿Qué entiendes por bello?

DINA..... Nunca he reflexionado.

RORLUND.... Pues reflexiona. A ver: ¿qué entiendes por bello?

DINA..... Lo bello... es... algo... muy magnífico...y muy lejos de aquí.

RORLUND.... He de confesarte, Dina, que me preocupas mucho.

DINA..... ¿Nada más?

RORLUND.... Ya sabes el afecto profundo que te tengo.

DINA..... Si fuera Hilda ó Nela, no le preocuparía tanto y no le importaría que lo notaran.

RORLUND.... Pero Dina, ¿Cómo puedes interpretar tan mal la prudencia que....? Nunca tendremos demasiada circunspección los que somos columnas morales de la sociedad. Sí, si estuviera seguro de que no atribuirían ningún móvil indigno... Pero ¿qué importa?, eres tú quien puede y debe venir en mi ayuda. Dina, cuando diga, cuando las circunstancias me permitan decir: "Esta es mi mano" ¿la aceptarás? ¿Quieres ser mi mujer? ¿Me lo prometes, Dina?

DINA..... Sí

RORLUND..... ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Cuanto te quiero, Dina! Silencio: alguien viene. Dina, hazlo por mí; vé con las señoras al jardín. (Dina obedece y va junto á la mesa en que se ha servido el café. Al mismo tiempo Rummel, Sandstad y Wiegeland salen de la habitación que está en primer término de la derecha, seguidos por Bernick, que lleva un lío de papeles.)

BERNICK..... ¿Así, pues, asunto concluído?

WIEGELAND... Ahora, por Dios.....

RUMMEL..... Asunto concluído, Bernick. La palabra de un noruego es, tú lo sabes, sólida como roca en la montaña.

BERNICK..... Nadie quebrantará esta determinación, pase lo que pase.

RUMMEL..... ¡O triunfaremos, ó caeremos juntos, Bernick!

HILMAR..... (Que acaba de entrar por la puerta del jardín) ¿Caer? Ustedes perdonen: ¿se trata del ferrocarril?

BERNICK..... Al contrario: marchará.

RUMMEL..... Al vapor, señor Tonnesen.

HILMAR..... ¿De verás?

RORLUND... ¿Cómo? ¿El ferrocarril?

SRA. BERNICK... ¿Qué pasa, querido Ricardo? (Desde la puerta del jardín)

BERNICK..... Querida Betty, ¿en qué puede interesarte? (Asus socios) Ahora lo mejor será terminar las listas cuanto antes. No hay que decir que nosotros firmaremos los primeros. Nuestra situación nos obliga.

SANDSTAD.... ¡Ni que decir tiene, señor cónsul!

RUMMEL..... Ha de conseguirse, Bernick; es seguro.

BERNICK.... No me inquieto por el éxito. Hay que forzar el asunto, cada uno en el círculo de sus conocimientos. Además contamos con la simpatía general. Como es natural, el Municipio también contribuirá.

SRA. BERNICK.. Pero, ¿no nos lo vas á contar por fin, Ricardo?

BERNICK..... No es asunto que pueda interesar á las señoras.

HILMAR.... ¿De manera que vas á tomar á tu cargo el asunto del ferrocarril?

BERNICK... Sí

RORLUND.... Pero el año pasado el señor cónsul.....

BERNICK... El año pasado era muy diferente. Se trataba de un ferrocarril por la costa.

WIEGELAND... Que hubiese sido casi inútil, porque tenemos los vapores que hacen ese servicio.

SANDSTAD.... Y que nos hubiese costado muy caro.

RUMMEL... Sin contar con que hubiera lesionado intereses considerables.

BERNICK... La razón principal fué que perjudicaba á nuestros comerciantes importantes. Por eso me opuse, y por eso se ha decidido ahora la construcción de una vía interior.

HILMAR... Pero no hará el servicio de las poblaciones vecinas.

BERNICK.... Sí, querido, porque hemos proyectado construir un empalme.

HILMAR... ¿Otro proyecto?

BERNICK... Sí, y soberbio.

RORLUND.....¡ Bah!

WIEGELAND... No puede negarse que es la Providencia la que ha preparado el terreno para un empalme.

RORLUND.... ¿Es realmente su opinión, señor Wiegeland?

BERNICK... Debo confesar que considero yo mismo como feliz casualidad el azar que me llevó en primavera al valle que no conocía. Rápido como el rayo me asaltó el pensamiento que habría que crear allí un empalme. Envió á un ingeniero, cuyos presupuestos y cálculos tengo aquí. Ya no hay obstáculos.

SRA. BERNICK... (Que está con las otras señoras en la puerta del jardín) Pero ¿cómo, querido Ricardo, no me habías dicho una palabra de todo esto?

BERNICK.... Querida Betty, no hubieras sabido colocarte en el punto de mira precioso. Además, no he dicho nada a nadie. Pero ahora llegó la hora decisiva. Vamos a hacer conocer nuestro proyecto y a trabajar con todas nuestras fuerzas para que triunfe.

RORLUND.... Pero, ¿creen ustedes realmente, señores, que producirá tantas ventajas?

BERNICK.... Ya lo creo, ¿Qué impulso van a tomar los negocios! ¿Cuántos bosques no van a avajarse? ¿Cuántas minas abundantes no van a explotarse? ¿Cuántas industrias no van a nacer y a progresar?

RORLUND... ¿Y no teme usted el contacto diario con un mundo tan corrompido?

BERNICK... No, no tema usted, señor vicario. Nuestra industriosa y pequeña población se inspira, a Dios gracias, en ideas sanas y morales que todos debemos contribuir en desarrollar cuanto podamos, cada uno en su esfera. Usted, señor vicario, aplique su bienhechora actividad a la familia y a la escuela. Nosotros, hombres prácticos de trabajo, serviremos a la sociedad extendiendo el bienestar, y nuestras mujeres, sí, acórquense ustedes, señoras; nuestras mujeres, digo, y nuestras hijas continuarán, como antes, sus obras de caridad y prestarán a los que los rodean igual ayuda, idéntico socorro que encuentro en mi querida Betty, en mi querida Marta y en Olaf. (Mira a su alrededor) ¿Dónde se esconde hoy Olaf?

SRA. BERNICK... En vacaciones es imposible sujetarlo en casa.

BERNICK... Debe estar a la orilla del mar. Ya verá cómo acaba mal.

HILMAR...; Bah! Una insignificante lucha contra las olas!

SRA. RUMMEL... ¿Qué hermoso es este espíritu de familia en su casa!

BERNICK... ¿No es acaso la familia el fundamento mismo de la sociedad? Un hogar agradable, amigos fieles, un círculo limitado y selecto en el que ningún elemento discordante pueda introducir el desorden.

KRAPP... (Que llega por la puerta de la izquierda con cartas y periódicos) El correo del extranjero, señor Cónsul, y un cablegrama de Nueva York.

BERNICK... (Cogiéndolo)... De los armadores del Indian Girl.

RUMMEL... Acaba de llegar el correo. Ustedes me disculparán.

WIEGELAND... Y a mí igualmente.

SANDSTAD... Hasta la vista, señor cónsul.

BERNICK... Hasta la vista. Hasta la vista, señores, y no olviden que nos reuniremos esta tarde, a las cinco.

RUMMEL, WIEGELAND Y SANDSTAD.....Sí, Sí; convenido. (Vanse)

BERNICK..... (Que acaba de leer el cablegrama) ¿Será muy americano; pero, en realidad, es vergonzoso!

SRA. BERNICK... ¿Qué ocurre, Ricardo?

BERNICK... Tome usted, señor Krapp: lea

KRAPP..... (Leyendo) "Haga usted las menores reparaciones posibles. Envíe al Indian Girl tan pronto como haya dejado el varadero. La estación es buena. Es preciso a toda costa que el cargamento llegue." ¿Es demasiado!

BERNICK... ¡Que el cargamento llegue! Esos señores saben demasiado bien que el barco se hundirá como una piedra si experimenta la menor avería.

RORLUND.... Así se portan esas compañías tan renombradas.

BERNICK... Tiene usted razón. Cuando se trata de realizar un negocio, no se tiene en cuenta ni la vida de la gente. (A Krapp) ¿El Indian Girl podrá navegar dentro de cuatro ó cinco días?

KRAPP... A condición de que el señor Wiegeland permita que se suspendan los trabajos del Palmier.

BERNICK....; Quiá! No consentirá... Tenga usted la bondad de leer el correo... ¿No ha visto usted a Olaf sobre el muelle?

KRAPP... No, señor cónsul. (Entra en el despacho de la derecha, en primer término)

BERNICK... (Leyendo otra vez el cablegram) Esos señores no quieren considerar que jugar con la vida de diez y ocho hombres....

HILMAR...; Bah! Es misión de los marinos desafiar los elementos. ; Debe ser excitante contemplar sólo una plancha entre el abismo y nosotros!

BERNICK... Me gustaría ver un armador que se atreviese. (Viendo a Olaf) Alabado sea Dios! ; No lo ha pasado nada!

OLAF..... (Con una caña en la mano, entra en el jardín y grita) Tío Hilmar, he visto el barco.

BERNICK... ;Has ido otra vez al muelle?

OLAF... No; fué nada más á ver un barco. Figúrate, tío, que acaba de desembarcar una compañía de saltimbanquis con caballos, fieras... y muchos pasajeros.

SRA. RUMMEL... ;De modo que vamos á tener saltimbanquis?

RORLUND... ;Nosotros; No lo creo.

SRA. RUMMEL... No, nosotrosno, naturalmente; pero....

DINA... Me gustaría ver un jinete del circo....

OLAF... A mí también

HILMAR... Eres un tonto. ;Vale acaso la pena de verse? Un espectáculo fijado de antemano! Interesante sería ver á un gaucho cazando sobre su corcel espumante á través de las pampas. ; Pero aquí, en este rincón!

OLAF.... ;Tía Marta! ; Mira! ; Allí vienen! (Cogiendo a la Srta. Bernick por el brazo)

SRA. HOLT... Sí, es verdad, Vienen.

SRA. LINGE... ;Qué feos son! (Algunos pasajeros pasan por la calle seguidos por mucha gente de la población.)

SRA. RUMMEL... Me parece que esos payasos son gente de la peor especie. Mire usted aquélla, señora Holt, que lleva la maleta sobre el hombro.

SRA. HOLT... Lleva una sombrilla. Debe ser la mujer del director.

SRA. RUMMEL... Ahí está el director. El de la barba. Parece un bandido. No mires, Hilda.

SRA. HOLT... Ni tú, Nela

OLAF..... Mamá, mira. El director nos saluda.

BERNICK... ;Cómo?

SRA. BERNICK... ;Qué dices, hijo mío?

SRA. RUMMEL... Sí, es verdad. Y esa mujer también nos saluda.

BERNICK... ;Esta sí que es buena!

SRTA. MARTA... (Con un grito involuntario) ; Oh!

SRA. BERNICK... ;Qué es, Marta?

SRTA. BERNICK... Nada, nada....., me pareció

OLAF.... (Gritando alegremente) Mira! ; Mira! Ahí vienen los otros con caballos y fieras. También vienen los americanos y todos los marineros del Indian Girl. (Se oye el himno nacional norteamericano "Yankee doodle", con acompañamiento de tambores y trompetas.)

HILMAR..... (Tapándose los oídos) ; Uy! ; Uy!. ; Uy!

RORLUND... Creo, señoras, que deberíamos retirarnos: no es un espectáculo conveniente. Volvamos al trabajo.

SRA. BERNICK... Lo mejor sería echar las cortinas.

RORLUND... Sí, eso pensaba yo. (Las señoras se sientan en torno de la mesa. El vicario cierra la puerta del jardín, las ventanas y corre las cortinas. Queda el salón en una semiobscuridad.)

OLAF... (Mirando hacia fuera) María, la mujer del director, está en la fuente. Se lava la cara.

SRA. BERNICK... ¿Cómo? ¿En la plaza pública?

SRA. RUMMEL..... ¿Y en pleno día?

HILMAR... ¿Por qué no? Si en un viaje de exploración me encontrara en medio del desierto con una cisterna, no tendría inconveniente en... ¡Oh! ¡Qué horrible trompeta!

RORLUND... La policía debería intervenir.

BERNICK... No hay que ser muy severo con los extranjeros. Esa gente no conoce el sentido de las conveniencias que nos guía y nos sujeta. Que hagan lo que quieran. Qué nos importa? No debe existir para nosotros lo que sea contrario á las conveniencias sociales y á las buenas costumbres. Pero ¿qué es esto? (La señora extranjera entra por la puerta de la izquierda)

TODAS LAS SEÑORAS... (Asustadas, en voz baja) ¡La amazona del casino! ¡La mujer del director!

SRA. BERNICK... ¡Dios mío! ¿Qué significa?

SRTA. MARTA... ¡Oh!

SRTA. LONA... ¡Buenos días, querida Betty! ¡Buenos días, Marta! ¡Buenos días, cuñado!

SRA. BERNICK... (Gritando) ¡Lona!

BERNICK... (Dando un paso atrás) ¡Es verdad!

SRA. HOLT... ¡Santo Dios!

SRA. RUMMEL..... ¿Es posible?

HILMAR... ¡Oh! ¡Oh!

SRA. BERNICK... Pero Lona, ¿realmente eres tú?

SRTA. LONA... Sí, soy yo. Así parece. Por lo menos, podrías abrazarme.

HILMAR... ¡Oh! ¡Oh!

SRA. BERNICK... ¿regresas?

BERNICK... Pero ¿vas á exhibirte realmente?

LONA... ¿Exhibirme? ¿Cómo? ¿Exhibirme?

BERNICK... Sí, con la compañía de circo.

LONA... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Estás loco? ¿Creeías que era del circo? Es verdad que he hecho muchos oficios y que á veces no he reparado en nada.

SRA. RUMMEL. . . ¡Ejem!

LONA... Pero todavía no me he dedicado á hacer prodigios sobre los caballos.

BERNICK... De modo, que tú no...

SRA. BERNICK... ¡Alabado sea Dios!

LONA... No. Hemos viajado, como muchas personas decentes, en segunda.

SRA. BERNICK... Hemos, dices

BERNICK.... (Dando un paso hacia ella.) ¿Quiénes, hemos?

LONA.... El niño y yo, naturalmente.

LAS SEÑORAS... ¡El niño!

HILMAR... ¿Qué?

RORLUND... Ahora sí que deben decir....

SRA. BERNICK... ¿De quién hablas, Lona?

LONA... ¡De Juan! No tengo más niño que Juan.

SRA. BERNICK... ¡Juan!

SRA. RUMMEL..... (En voz baja, á la señora Linge) El hermano que anda en malos pasos

BERNICK.... (Vacilando) ¿Juan está aquí también?

LONA... Sí, sí. Nunca me separo de él. ¡Qué cara ponéis! Estáis entre sombras cosiendo ropa blanca. Supongo que la familia no tendrá ningún luto.

RORLUND... Señorita, está usted ante una Sociedad de beneficencia destinada á combatir la corrupción.

SRTA. LONA..... (En voz baja) ¿Qué dice usted? ¿Esas señoras serían acaso?....

SRA. RUMMEL..... ¡Oh! ¡no! ¡No! ¡No faltaba más!

LONA..... ¡Ya comprendo! ¡Ya comprendo! ¡Pero aquí está la señora Rummel!
¡Y la señora Holt! No nos hemos rejuvenecido desde la última vez que nos vimos. Ahora, queridas amigas, dejad que la corrupción espere un día. No por eso será peor. Un momento tan feliz como éste debe ser.....

RORLUND.... No siempre es feliz el momento de la vuelta.

LONA.... ¿No? ¿Cómo interpreta usted su biblia, señor pastor?

RORLUND... No soy pastor.

LONA.... Pero algún día lo será usted. ¡Vaya! ¡Vaya! Toda esta moralidad huele á muerto como las mortajas. Estoy acostumbrada a aires más puros.

BERNICK..... (Secándose la frente) Efectivamente hace calor.

LONA..... ¡Esperad! ¡Esperad! Hay que renovar esta atmósfera sepulcral. (Levanta las cortinas) Es necesario que entre aquí un sol hermoso cuando llegue el hermano. Vais á verle en seguida.

HILMAR..... ¡Oh! ¡Oh!

LONA.... Está arreglándose en el hotel. En el vapor parecía un carbonero.

HILMAR..... ¡Oh! ¡Oh!

LONA..... ¡Oh! ¡Oh! (Señalando á Hilmar) Se sigue paseando por aquí y diciéndole siempre: "¡Oh! ¡Oh!"

HILMAR..... No me paseo. Vivo aquí por mi enfermedad.

RORLUND..... Señoras, no creo que.....

LONA..... (Fijándose en Olaf) ¿Es tu hijo, Betty? Dame la mano. ¿Te da miedo de tu tía vieja?

RORLUND.... (Cogiendo el libro) Señoras, creo que no estamos en disposición de trabajar más tiempo hoy. Mañana nos reuniremos de nuevo, ¿no es verdad?

LONA..... (mientras las señoras se levantan para marcharse) Sí, mañana también estaré en mi sitio.

RORLUND..... ¿Usted? Perdona usted, señorita; ¿cupe piensa usted hacer en nuestra sociedad?

LONA.... Airearla, señor pastor.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

(Salón jardín en casa del cónsul Bernick. La Sra. Bernick está sentada cosiendo, cerca á una mesa de labor. El señor Bernick llega poco despues con bastón, sombrero y guantes por la puerta de la izquierda.)

SRA. BERNICK:- ¿Ya has vuelto, Ricardo?

BERNICK:- Sí, he dado una cita aquí.

SRA. BERNICK:- (Esquivando la conversación) ¡Ah! Sí. Juan va á venir.

BERNICK:- Sí. (Dejando el sombrero sobre la mesa) ¿Dónde están hoy esas señoras?

SRA. BERNICK:- La Sra. Rummel é Hilda no han tenido tiempo.

BERNICK:- ¡Ah! ¿Han enviado recado diciendo que no podían venir?

SRA. BERNICK:- Sí, tenían mucho que hacer en casa.

BERNICK:- Sí, comprendo; y como es natural, tampoco vinieron las demás.

SRA. BERNICK:- No han podido.

BERNICK:- Debimos preverlo. ¿Dónde está Olaf?

SRA. BERNICK:- Le he permitido que saliera un poco con Dina.

BERNICK:- ¡Dina!... Esa joven es muy ligera... ¡Ayer demostró una familiaridad con Juan!

SRA. BERNICK:- Pero, querido Ricardo, Dina no sabe nada.

BERNICK:- No, Juan, debió tener el tacto de no ocuparse de ella. ¡Si hubiese visto los ojos que ponía Wiegeland!

SRA. BERNICK:- (Dejando la costura sobre las rodillas) Ricardo, ¿has podido por fin averiguar qué viene á buscar aquí, a su país natal?

BERNICK:- Tienen allá una granja que no va bien. Al menos así explica la forma modesta en que han viajado.

SRA. BERNICK:- Sí, así debe ser. Pero, ¿cómo se ha atrevido ella a venir, después de la terrible riña que tuvisteis..?

BERNICK:- Eso es historia antigua, que hay que olvidar.

SRA. BERNICK:- Pero, ¿puedo pensar en otra cosa? Es mi hermano... Pero no es por él... Es por los disgustos que puedas tener.. Ricardo, estoy terriblemente inquieta.

BERNICK:- ¿Por qué?

SRA. BERNICK:- ¿No podrían prenderle por el dinero que robó a tu padre?

BERNICK:- ¡Vaya una tontería! ¿Quién puede probar que el dinero fuese robado?

SRA. BERNICK:- Pero, Dios mío, toda la ciudad lo sabe. Tu mismo dijiste que.....

BERNICK:- No. Yo no he dicho nada. En la ciudad no se conocen del asunto más que vulgares murmuraciones.

SRA. BERNICK:- ¡Qué noble eres, Ricardo!

BERNICK:- ¡Déjame en paz con esa historia! No puedes imaginarte el pesar que me causas recordándomela. (Se pasea por escena y deja el bastón.) Pero que hayan elegido para regresar precisamente el momento en que más necesidad tenía de disfrutar de intachable reputación! Los periódicos de las poblaciones cercanas van a publicar correspondencias de aquí y el resultado será igual, tanto que me traten bien como que me traten mal. Se harán comentarios, se desenterrarán historias antiguas, como tú misma haces. En una sociedad como la nuestra....(Echa sus guantes sobre la mesa.) ¡Y pensar que no tengo a nadie a quien pueda explicárselo, a nadie en quien pueda buscar apoyo!

SRA. BERNICK:- ¿Nadie, Ricardo?

BERNICK:- ¿Quién? Precisamente en estos momentos se vuelven con tra mí. Con seguridad, en una forma o en otra, darán escándalo. ¡Es una verdadera desgracia tener gente así en la familia!

SRA. BERNICK:- No es culpa mía si.....

BERNICK:- ¿De que no tienes culpa? ¿De ser pariente suya? Es verdad. No tienes culpa.

SRA. BERNICK:- Y yo no les he dicho que regresaran.

BERNICK:- ¡Bueno! ¡Ya estamos con lo mismo! ¡Yo no les he dicho que volvieran! Yo no les he escrito. No fui yo quien quiso su regreso. ¡Ah! Me sé de memoria esa letanía.

SRA. BERNICK:- (Llorando) ¡Pero eres tan poco cariñoso conmigo!

BERNICK:- ¡Bien! ¡Esto nos faltaba! Sí, llora para que saquen también partido de esto....Deja esa maneras añidadas, Betty. Vete dentro. Aquí te podría ver alguien, y si se daban cuenta que la Sra. Bernick tenía los ojos rojos, ¿para qué queríamos más? Si la gente supiera que....Oigo ruido. (Llaman) Adelante. (La Sra. Bernick, con su labor, entra dentro. Aune llega por la izquierda.)

AUNE:- Buenos días, señor cónsul.

BERNICK:- Buenos días. Ud. supondrá para que le he hecho llamar.

AUNE:- El contable me dijo que estaba usted disgustado porque.....

BERNICK:- Estoy muy disgustado por todo lo que pasa en el astillero, Aune. El trabajo no va bien. Hace mucho tiempo que el "Palmier" debió entregarse. Wiegeland me acosa y me molesta. Ya sabe ud. que mi socio es muy exigente.

AUNE:- El "Palmier" podrá botarse pasado mañana.

BERNICK:- ¡Al fin! ¿Y el "Indian Girl", que está aquí hace seis semanas?

AUNE:- ¿El "Indian Girl"? Siempre creí que debíamos ocuparnos especialmente de su buque y dedicarle nuestro tiempo.

BERNICK:- Nada le he dicho que le autorizara a creerlo. El "Indian Girl" debe ser reparado lo antes posible y nada se ha hecho.....

AUNE:- La bodega está podrida, señor cónsul. Cuantos más remiendos se pongan, peor.

BERNICK:- No es una razón. Krapp me ha dado la explicación verdadera. No sabéis trabajar con las nuevas máquinas que he comprado, o, mejor dicho, no queréis emplearlas.

AUNE:- Señor Cónsul, tengo cincuenta años cumplidos, y desde mi juventud trabajo según antiguo sistema.

BERNICK:- Que ya nada vale hoy. No crea usted, Aune, que compré la maquinaria nueva para alcanzar utilidades de las que felizmente no tengo necesidad. Pero he de preocuparme de la sociedad en que vivo y de la posteridad des establecimiento que dirijo.

AUNE:- También soy partidario del progreso, señor cónsul.

BERNICK:- Sí, para su círculo limitado, para la clase trabajadora. Conozco esos manejos. Usted echa discursos, excita a unos, insurrecciona a otros; pero cuando se trata de un progreso palpable, tangible, como el que realizan las nuevas máquinas, entonces inmediatamente rehusa su concurso y se subleva.

AUNE:- Es verdad; me sublevo, señor cónsul; me sublevo por todos los obreros, a los cuales las nuevas máquinas quitan el pan de la boca. Usted habla con frecuencia de los deberes que tenemos con la sociedad, y yo creo que la sociedad también tiene deberes. ¿Cómo pueden pensar la ciencia y el capital en aplicar sus inventos antes de que crezca la nueva generación que e conozca el mecanismo?

BERNICK:- Lee usted y reflexiona demasiado, Aune. Esto no le aprovecha nada, pero le irrita contra su situación.

AUNE:- No es e so, señor cónsul. Pero no puedo ver con tranquilidad esos inventos que, unos despues de otros quitan a nuestros pobres obreros sus medios de existancia.

BERNICK:- ¡Bah! Cuando se descubrió la imprenta....muchos copistas quedaron sin pan.

AUNE:- ¿Se hubiera usted alegrado del descubrimiento si hubiera usted sido copista?

BERNICK:- No le he llamado para discutir con usted, sino para decirle que el "Indian Girl" debe estar pronto a partir pasado mañana.

AUNE:- Pero, señor cónsul.....

BERNICK:- Pasado mañana, dígalo usted bien, ni una hora despues. Tengo mis razones. ¿Ha leído usted los periódicos de la mañana? Entonces ya sabrá usted que la tripulación americana ha vuelto a hacer de las suyas. Esos individuos revuelven toda la población. Todas las noches hay riñas en las tabernas o en las calles, sin contar otros escándalos que no menciono.

AUNE:- Si, es una nación deplorable.

BERNICK:- Y ¿a quién se hace responsable de esos desordenes? ¡A mi! ¡Si! ¡A mi! Todo me lo cargan a mi. Los periodistillas me culpan de no haberme ocupado más que del "Palmier". Y yo, cuya misión es dar ejemplo a mis conciudadanos, debo dejarme decir todas esas cosas. No quiero sufrirlo más, porque no merezco que se deshonre así mi nombre.

AUNE:- Su reputación, señor cónsul, no sufrirá por eso ni por mucho más.

BERNICK:- Ahora no. Pero es que hoy es precisamente cuando más necesidad tengo de la estimación y de la simpatía de todos. Tengo una gran empresa en proyecto. Ud. debe haber oído hablar. Y si gente mal intencionada quebrantara mi crédito, podrían surgir grandes dificultades. Por esto quiero acabar con los rumores calumniosos, y he fijado la fecha de pasado mañana.

AUNE:- Con igual fundamento pudo usted fijar, señor cónsul, la de esta tarde.

BERNICK:- ¿Se atreve usted a decir, Aune, que pido un imposible?

AUNE:- Sí, con los pocos obreros que tenemos actualmente.

BERNICK:- ¡Bueno! ¡Bueno! Ya lo resolveré yo...

AUNE:- ¿Piensa usted despedir aún más obreros?

BERNICK:- No, no pienso en eso.

AUNE:- Porque podría usted tener disgustos en la prensa y en la ciudad.

BERNICK:- En efecto. Dejaré todo como anteriormente. Pero si el "Indian Girl" no está pronto a salir pasado mañana, le despido a usted.

AUNE:- (Con sobresalto) ¿A mí? (sonriendo) El señor cónsul bromea.

BERNICK:- No lo cree usted así.

AUNE:- ¿Piensa usted seriamente en despedirme? ¿A mí, cuyo padre y cuyo abuelo trabajaron toda su vida en el astillero? ¿A mí que también....?

BERNICK:- ¿Quién me obliga?

AUNE:- Me pide usted un imposible, señor cónsul.

BERNICK:- Con buena voluntad, no hay nada imposible. ¿Sí o no? Contésteme en seguida o le despido en el acto.

AUNE:- ¿Ha reflexionado usted, señor cónsul, en lo que haría despidiendo así a un trabajador viejo? ¿Cree usted que todo consiste en un cambio de amo? Claro está que puede emplear sus brazos en otra parte, pero eso no es todo. Quisiera que viese ud. a un obrero viejo que acaban de despedir, entrando por la noche en su casa y dejando detrás de la puerta las herramientas.....

BERNICK:- ¿Y cree usted que le despido de buena gana? ¿No fui siempre amo bueno y humanitario?

AUNE:- ¡Peor aun, señor cónsul! Porque así los míos me echarán la culpa a mí. No me darán quejas, no tendrán el valor de dárme las, pero de vez en cuando sentiré que me miran interrogativamente y que piensan: "Después de todo debe haberlo merecido". Y esto no podría soportarlo. Por humilde que sea, siempre fui considerado como el jefe de la familia, y si he podido mantenerla y dirigirla es porque mi mujer y mis hijos tuvieron confianza en mí. Pero esta confianza, como todo lo demás, voy a perderla.

BERNICK:- ¿Puede ser de otro modo? Los débiles son aplastados por los fuertes. El mismo Dios permite que al bien común se sacrifique el individuo; no puedo contestarle de otra manera. Así va el mundo. Pero ud., Aune, es un testarudo. Ud. me contraría, no porque sea imposible hacer otra cosa, sino porque no quiere confesar la superioridad de las nuevas máquinas.

AUNE:- Y ud. señor cónsul, quiere que se haga constar para que la prensa no le ataque con motivo de mi despedida.

BERNICK:- ¡Y aunque así sea! Ya sabe ud. de que se trata: no quiero que la prensa me ataque; quiero que me sea favorable y me sostenga mientras desarrollo un gran negocio que es de interés general, y yo le pregunto: ¿puedo hacer otra cosa? La cuestión se plantea así: o le sostengo a usted con su familia como antes, o creo cien familias nuevas, cien hogares nuevos que subsistirán solamente si llevo a feliz término la gran empresa. Por esto le doy a elegir.....

AUNE:- Siendo así, nada tengo que decir....

BERNICK:- ¿Eh? Querido Aune, siento verdaderamente pena en separarme de usted.

AUNE:- No nos separaremos, señor cónsul.

BERNICK:- ¿Cómo?

AUNE:- Un pobre obrero también tiene que defender sus intereses.

BERNICK:- Sin duda...de modo que...usted piensa que.... usted promete que....

AUNE:- El "Indian Girl" podrá salir pasado mañana. (saluda y se va por la izquierda.)(Entra Sra. Bernick).

BERNICK:- ¡Por fin conseguí convencer a ese testarudo! Me parece esto de buen augurio.

HILMAR:- (Desde la escalinata) ¡Buenos días, Betty! ¡Buenos días, Bernick!

SRA. BERNICK:- ¡Buenos días!

HILMAR:- ¿Cómo, has llorado? ¿Entonces también tú lo sabes?

SRA. BERNICK:- ¿Qué sé?

HILMAR:- Que el escándalo llega a su colmo.

BERNICK:- ¿Qué dices?

HILMAR:- Si, los dos americanos se han paseado por las calles de la ciudad con Dina.

SRA. BERNICK:- Hilmar, ¿es posible?

HILMAR:- Desgraciadamente, sí. Es la pura verdad. Lona llevó su inconveniencia hasta apostrofarme. Naturalmente, fingí no oírla.

BERNICK:- Y, como es natural, ¿esto no habrá pasado inadvertido?

HILMAR:- Ya puedes figurartelo. La gente se paraba para verlos. La noticia de su llegada se extendió como reguero de pólvora. En todas las casas había gente en las ventanas esperando que pasaran. Se ocultaban detrás de las persianas. ¡Oh! Perdóname, Betty, si cuento esto. ¡Estas escenas me ponen tan nervioso que...! Si esto continúa, me veré obligado a emprender un viaje.

SRA. BERNICK:- Debiste hablarle, hacerle observaciones.....

HILMAR:- . ¿En mitad de la calle? Ya puedes comprender....
El, sobre todo, presentarse en público...A ver si
la prensa anuncia que ha llegado en un barco de su
propiedad. Sí; perdóname, Betty, pero.....

BERNICK:- ¿La prensa, dices? ¿Oíste comentarios?

HILMAR:- Sí, floban en el aire. Cuando os dejé ayer
noche fui al Círculo a curar mi enfermedad. En el
silencio que se hizo cuando llegue comprendí que los
dos americanos estaban sobre el tapete. Después, el
insolente Hammer, el periodista, entró y me felici-
tó por el regreso de mi primo rico.

BERNICK:- ¿Rico?

HILMAR:- Sí, eso dijo. Le contesté como se merecía y le dí
a entender que no sabía nada de la fortuna de Juan
Tonnesen. "Pues es raro---me dijo---, porque en
America generalmente se triunfa cuando se tienen re-
cursos para empezar, y su primo no partió con las
manos vacías."

BERNICK:- ¡Bueno! Hazme el favor de.....

SRA. BERNICK:- Ya ves, Ricardo.

HILMAR:- Sea como sea, he pasado una noche sin dormir por
causa suya. ¡Y ahora se pasea por las calles con una
cara tan satisfecha como si nunca hubiese hecho
nada de malo! ¿Por qué no se habrá muerto de una
vez ese pariente querido? ¡Parece mentira lo dura que
tienen la piel algunas personas!

SRA. BERNICK:- Pero, por Dios, Hilmar, ¿qué dices?

HILMAR:- No digo nada. Ha salido sano y salvo de todas las
catástrofes: se ha librado de todos los osos de
la California y de todos los indios pieles rojas.
Ni siquiera le han escalpado. Y así ahora somos
nosotros los que los disfrutamos.

BERNICK:- ¿Olaf también va con ellos?

HILMAR:- Sí; quieren recordar a la gente que pertenecen a
las dos mejores familias de la ciudad. ¡Mira!
¡Mira! Todos los vagos que estaban en la farmacia
se acercan y lo comentan. Esto es insufrible para
mis nervios. ¿Como queréis que en estas condiciones
se mantenga en alto la bandera de la moralidad que...?

BERNICK:- Ya vienen hacia aquí. Oye, Betty, quiero que
estés con ellos muy amable.

SRA. BERNICK:- ¿Me lo permites, Ricardo?

BERNICK:- Sí, sí, Y tu también, Hilmar. No creo que se
queden mucho tiempo. Y mientras estén con nosotros..
...ninguna alusión.... no debemos molestarles en
nada.

SRA. BERNICK:- ¡Ricardo, qué bueno eres!

BERNICK:- ¡Bien! ¡Bien! Dejemos eso.

SRA. BERNICK:- No; quiero darte las gracias. Perdóname
por haber sido tan vehemente hace poco. Únicamente
tú tenías derecho a.....

BERNICK:- ¡Calla! ¡Calla!

HILMAR:- ¡Oh! ¡Oh! (Juan Tonnessen y Dina, despues Lona
Hessel y Olaf llegan por el jardín.)

JUAN:- Hemos salido y hemos recorrido las calles antiguas, las plazas antiguas.

BERNICK:- Hay muchos cambios, ¿verdad?

LONA:- Hay sobre todo los trabajos de embellecimiento del consul Bernick. También hemos visitado los establecimientos de que has dotado a la ciudad.

BERNICK:- ¿También?

LONA:- "Donado por el Cónsul Bernick", hemos leído al entrar. Eres, sin duda, el primer ciudadano de la población.

JUAN:- Y tienes magníficos navíos. He encontrado al Capitán del "Palmier", que es un antiguo condiscípulo.

LONA:- También has construido una nueva escuela.

JUAN:- Según he sabido, también te debe la ciudad el acueducto y la fábrica de gas.

BERNICK:- Hay que hacer algo por la sociedad en que se vive.

LONA:- Está muy bien, cuñado. Así da verdadera alegría oír hablar de ti como se habla. No soy vanidosa; pero no puedo dejar de pensar, mientras hablo con unos y con otros, que somos de la misma familia.

HILMAR:- ¡Oh! ¡Oh!

BONA:- Sigues con tus ¡oh! ¡Oh!

HILMAR:- No: ahora he dicho ¡Ah! ¡Ah!

LONA:- Pero no te molestes por eso, querido. Hoy estáis muy solos.

SRA. BERNICK:- Sí, hoy estamos solos.

LONA:- ¡Mejor! En la playa encontramos a algunos de esos moralistas..., que han fingido tener mucha prisa. Tampoco hubiéramos tenido gran cosa que decirles. Les vi aquí ayer con el pastor.

HILMAR:- El vicario.

LONA:- El pastor...Pero, ¿qué decís de mi niño? ¿No es verdad que es un muchacho robusto? Quién reconocería en él al mal sujeto de hace quince años?

HILMAR:- ¡Oh!

JUAN:- ¡No te alabes tanto!

LONA:- ¿Por qué no he de estar orgullosa de ti? Además, tú eres la única persona a quien yo he guiado....

HILMAR:- ¡Guiado! ¡Oh! ¡Oh!

LONA:- Sí, Juan; cuando pienso como empezamos allá, con las manos vacías.....

HILMAR:- ¿Vacías? Debo decir que.....

LONA:- ¿Qué debes decir?

BERNICK:- ¡Ejem!

HILMAR:- Debo decir que...¡Oh! ¡Oh! (Vase hacia escalinata)

LONA:- Pero, ¿qué tiene?

- BERNICK:- No te fijes en él. Está un poco nervioso en este momento. ¿Quieres dar una vuelta por el jardín? Aun no has ido. Precisamente, tengo una hora disponible.
- LONA:- Con mucho gusto. Puedes creer que muchas veces me vi, con la imaginación, cerca de vosotros, en el jardín....
- SRA. BERNICK:- Vas a verlo. También ahí se han hecho grandes cambios. (El cónsul, su mujer y Lona van al jardín, por donde se les ve pasear de vez en cuando.)
- OLAF:- (Desde la puerta del jardín) Tío Hilmar, ¿sabes lo que el tío Juan me ha preguntado? Me ha preguntado si quería irme a América con él.
- HILMAR:- ¡Una cabecita loca como la tuya, un niño pegado a las faldas de su madre.....!
- OLAF:- Sí; pero yo no quiero continuar así, y ya verás cuando sea grande.
- HILMAR:- ¡Bah! ¡Bah! No hay en ti el entusiasmo que impulsa a las grandes acciones, que excita los nervios, que....(van juntos al jardín)
- JUAN:- (A Dina, que se quita el sombrero y se queda a la puerta sacudiendo el polvo del traje.) ¿Le ha cansado este paseito?
- DINA:- Sí, pero ha sido muy agradable. Nunca di un paseo tan agradable.
- JUAN:- Generalmente, ¿no sale usted por la mañana?
- DINA:- Sí, con Olaf.
- JUAN:- ¡Ah! ¿prefiere usted ir al jardín?
- DINA:- No. Prefiero quedarme aquí.
- JUAN:- Yo también. Entonces estamos de acuerdo. Todas las mañanas daremos un gran paseo.
- DINA:- No, señor Tonnesen; más vale renunciar.
- JUAN:- ¿Por qué? Usted, sin embargo, me había prometido....
- DINA:- Es verdad...pero...después de reflexionar...no conviene que usted salga conmigo.
- JUAN:- ¿Por qué?
- DINA:- Porque...Usted es forastero, usted no me puede comprender. Pero yo se lo explicaré.
- JUAN:- La escucho.
- DINA:- Es mejor que no le diga nada.
- JUAN:- ¡Vaya! ¡Vaya! Conmigo puede hablar sin temor, sea lo que sea.
- DINA:- Sí, voy a decírselo...no soy igual que las demás jóvenes...hay algo...algo referente a mí...por eso debo renunciar.
- JUAN:- No comprendo nada. ¿Usted no ha cometido ninguna mala acción?
- DINA:- ¿Yo? no. Pero no hablemos más. Ya se lo dirán los demás.

JUAN:- ¡Bueno!

DINA:- Pero yo quisiera preguntarle algo.

JUAN:- ¿Qué?

DINA:- Parece que en América es fácil ganarse la vida y crearse una posición.

JUAN:- No es tan fácil como parece. Al principio hay que trabajar mucho.

DINA:- Eso me gustaría.

JUAN:- ¿A usted?

DINA:- Sí; sé trabajar, estoy sana, soy fuerte y mi tía Marta me ha enseñado una porción de cosas.

JUAN:- ¡Bravo! ¡Venga usted con nosotros!

DINA:- ¡Usted lo toma a broma! También se lo he dicho a Olaf. Lo que quisiera saber sobre todo es si las gentes de allá son tan...son tan...excesivamente morales.

JUAN:- ¿Morales?

DINA:- Esto es, si son tan circunspectos, tan meticulosos como aquí.

JUAN:- De todos modos, no son tan malos como se cree. No tenga miedo sobre este punto.

DINA:- Usted no me comprende. Al contrario, quisiera que no fuesen tan nobles ni tan virtuosos.

JUAN:- ¿Cómo quisiera usted que fuesen?

DINA:- Naturales.

JUAN:- Así son.

DINA:- Me gustarán, si voy.

JUAN:- Sí. ¿Viene usted con nosotros?

DINA:- No, con ustedes no. Viajaré sola. Ya sabre desenvolverme y ser una mujer honrada.

BERNICK:- (Desde la puerta del jardín) Quédate, quédate; voy a buscarlo, querida Betty. Podías coger frío. (Entra en el salón y busca el chal de su mujer.)

SRA. BERNICK:- Ven con nosotros, Juan; vamos a visitar la gruta.

BERNICK:- No; quédate, Juan. Dina: lleva el chal a mi mujer y vé con ellos. Juan se queda conmigo, querida Betty. Quiero preguntarle por los negocios de allá.

SRA. BERNICK:- Bien. Bien. No tardes. Ya sabes donde estamos. (La Sra. Bernick, la Srta. Lona Hessel y Dina salen al jardín por la derecha.)

BERNICK:- (Mira como se alejan, cierra la puerta, vuelve hacia Juan y cogiéndole las manos, que estrecha con efusión, dice.) ¡Juan! ¡Por fin estamos solos! ¡Deja que te dé las gracias!

JUAN:- ¿De qué?

BERNICK:- Casa, patria, felicidad familiar, posición: todo te lo debo.

JUAN:- Y yo estoy encantado, querido Ricardo. ¿De modo que aquella estúpida historia acabó bien?

BERNICK:- (Estrechándole de nuevo las manos.) ¡Gracias! ¡Gracias con toda el alma! Pocos hombres habrá capaces de hacer lo que hiciste por mí en aquellas circunstancias.

JUAN:- Era natural. Los dos éramos jóvenes y ligeros. Uno de los dos tenía que cargar con la culpa.

BERNICK:- Pero debía cargar con la responsabilidad el culpable.

JUAN:- No; el inocente, porque yo no tenía familia y era libre. Tú tenías tu anciana madre que cuidar y además acababas de desposarte con Betty. ¡Te quería tanto! ¿Qué hubiera sucedido si llega a saber que.....?

BERNICK:- Es verdad. Es verdad. Pero.....

JUAN:- ¿No rompiste igualmente por Betty con la Sra. Dorf? Pero, para acabar de una vez, ¿dónde estabas aquella noche?

BERNICK:- Sí, esa noche maldita, cuando aquel hombre regresó borracho. Sin duda, Juan, por Betty, yo.... Y, sin embargo, fuiste lo suficientemente generoso para que te atribuyera la culpa y para partir.

JUAN:- No sientas remordimientos, querido Ricardo. Así lo habíamos convenido. Había que salvarte. ¿No eras mi amigo? ¡Estaba tan orgulloso de esta amistad! Vivía aquí, pobre diablo abandonado, solo desde que acababa el trabajo del día, cuando llegaste tú, elegante, distinguido, de tu viaje al extranjero. ¡Habías vivido en París! ¡Habías vivido en Londres! Sin embargo, a mí me elegiste por compañero, a pesar de que tenía cuatro años menos que tu. Ahora reconozco que también era porque hacías el amor a Betty. ¡Pero que orgulloso estaba por ello! ¿Quién no lo hubiera estado? ¿Quién no se hubiese sacrificado gustoso por ti? Sobre todo cuando no se trataba más que de desafiar algunas semanas de murmuración y cuando se me ofrecía ocasión de irme lejos....

BERNICK:- Pero debo confesarte francamente, querido Juan, que esa historia no se ha olvidado todavía.

JUAN:- ¿No? ¿Qué importa, puesto que debo marcharme e instalarme para siempre en la granja?

BERNICK:- ¿De modo que vuelves a marchar?

JUAN:- Sí.

BERNICK:- No en seguida, por lo menos.

JUAN:- Tan pronto como pueda. No vine más que por dar gusto a Lona.

BERNICK:- ¿De veras? ¿En qué?

JUAN:- Sí; Lona no es joven y en estos últimos años sufrió mucho la nostalgia de su país. No quería confesarlo. (sonriendo) ¿Cómo iba a dejarme solo, a mí, al pillo que a los diez y nueve años se permitió.....?

BERNICK:- ¿Y qué?

JUAN:- Ricardo, debo confesarte, algo que me averguenza todavía.

BERNICK:- ¿Le dijiste lo que ocurrió?

JUAN:- Sí, se lo dije. No hice bien pero no pude hacer lo contrario. No puedes imaginarte lo que fué Lona para mí... Tú nunca has podido sufrirla. Para mí fué una madre verdadera. En los primeros años en que estuvimos tan pobres allá, ¡cuánto trabajó por mí! ¡Y los meses en que estuve enfermo y no ganaba nada! Entonces fué cuando salió, sin que pudiera impedirselo, y fué a cantar y a declamar por los cafés. Después publicó un libro que le dió alegrías y pesos. Hizo todo cuanto pudo por salvarme. ¿Podía dejar que la atormentase la nostalgia? Ella que me lo había sacrificado todo, que había sufrido tanto por mí. No, era imposible, Ricardo. Entonces la dije: "Vete, Lona; no te preocupes por mí. No soy tan loco como crees." Y se lo conté todo.

BERNICK:- ¿Cómo lo tomó ella?

JUAN:- Me respondió, con razón, que si era inocente no había obstáculo en que hiciera un viaje corto en su compañía por nuestro país. Por lo demás, no temas. Lona es discreta y conmigo puedes contar.

BERNICK:- Sí, sí; estoy convencido.

JUAN:- Dame la mano y no hablemos más. Afortunadamente, es la única tontería de que podemos culparnos.... Quiero disfrutar en paz de la felicidad que me reservan los días que he de pasar aún aquí. Esta mañana hicimos el paseo más delicioso del mundo. ¿Quién hubiera pensado que aquella Dina que jugaba a nuestro lado y que hacía los papeles de ángel en el teatro....? Pero, dime: ¿qué fué de sus padres?

BERNICK:- Querido, no puedo decirte más que lo que te escribí inmediatamente después de tu marcha. ¿Recibiste dos cartas mías?

JUAN:- Sí. Las conservo aún. ¿El borracho de su marido la abandonó también?

BERNICK:- Sí; y poco después se mató, no sé donde.

JUAN:- ¿Ella murió también poco después? ¿No es verdad? Supongo que harías por ella cuanto te fuera posible sin despertar la atención de la gente.

BERNICK:- Era orgullosa. No dijo nada, ni quiso recibir nada.

JUAN:- De todos modos hiciste bien en recoger a Dina.

BERNICK:- Sí, sí. Además, Marta lo arregló todo.

JUAN:- ¿Marta? ¿De veras....? ¿Dónde está hoy?

BERNICK:- ¡Oh! Cuando no está en la escuela, cuida enfermos.

JUAN:- ¿De modo que Marta cuidó de ella?

BERNICK:- Sí, siempre tuvo debilidad por los niños. Por eso aceptó ser institutriz en la escuela comunal. ¡Fué gran locura suya!

JUAN:- Me pareció muy nerviosa ayer. Temo que su salud no sea buena.

BERNICK:- Sí, no se puede quejar de su salud. Pero es desagradable para mí. Pueden creer que su hermano no quiere mantenerla.

JUAN:- ¿Mantenerla?

BERNICK:- Ni una peseta. Debes recordar en que situación se encontraba mi madre en el momento de tu marcha. Al poco tiempo, gracias a mí, pudo continuar su comercio; pero no duró mucho. Para acabar: tuve que encargarme de todo. Y cuando hicimos cuentas nos encontramos con que nada recibía de mi madre. Cuando murió mi madre, Marta quedó, naturalmente, sin recursos.

JUAN:- ¡Pobre Marta!

BERNICK:- ¿Pobre? ¿Por qué? Ya puedes figurarte que no la he permitido que careciese de nada. Yo puedo decir que soy un buen hermano. Vive con nosotros, come con nosotros; todo lo que gana se lo queda para vestirse. Una mujer sola, ¿qué más puede esperar?

JUAN:- No pensamos así en América.

BERNICK:- Lo creo. En una sociedad mimada en sus cimientos, como la sociedad americana...; pero... en nuestros círculos pequeños..., en que, gracias a Dios, hasta ahora no ha penetrado la corrupción... .., aquí las mujeres se contentan con una posición decente y modesta ... Y además, Marta tiene la culpa, porque hace mucho tiempo hubiera podido colocarse, si hubiera querido.

JUAN:- Quieres decir: "casarse".

BERNICK:- Sí. Ha tenido buenas proposiciones de gente bien, lo cual es más raro. Una muchacha sin fortuna, que ya no es joven y que es insignificante.

JUAN:- ¿Insignificante?

BERNICK:- ¡Ah! No se lo reprocho: al contrario. Así la quiero. En una gran casa como la nuestra, siempre es bueno tener una persona prudente en la cual se pueda siempre confiar.

JUAN:- Sí, pero, ¿y ella?...

BERNICK:- ¿Ella? ¿Cómo? Ella tiene personas a quien querer: me tiene a mí, tiene a Betty, a Olaf. Ni el hombre ni la mujer deben pensar en sí. Todos debemos prestar apoyo a una sociedad cualquiera, grande o pequeña; esto, al menos, es lo que yo hago. (Señalando a Krapp, que viene por la izquierda con una cartera.) Mira, ahí tienes una prueba. ¿Crees que son asuntos particulares los que así me preocupan? No. (A Krapp, rápidamente, en voz baja.) ¿Qué?

KRAPP:- (En voz baja, señalando la cartera.) Los contratos de compra están en orden.

BERNICK:- ¡Muy bien! ¡Magnífico! Cuñado, es necesario que me disculpes... (en voz baja, con un apretón de manos.) Gracias, y cuanto pueda hacer por ti... Ya comprendes... Venga, señor Krapp. (Entran en el despacho.)

JUAN:- (Le ve alejarse y luego se dirige al jardín. Marta llega por la izquierda con una cesta en el brazo.) ¡Hola, Marta!

MARTA:- ¡Ah...! ¡Juan...! ¿Eres tú?

- JUAN:- ¿Tienes prisa?
- MARTA:- Sí...Espérales; los demás no tardarán en llegar...(Quiere irse por la derecha.)
- JUAN:- Oye, Marta. ¿Siempre tienes tanta prisa?
- MARTA:- ¿Yo?
- JUAN:- Ayer me recibiste del mismo modo, y no pude hablar contigo, y hoy....
- MARTA:- Pero.....
- JUAN:- Antes éramos excelentes compañeros. ¿No te acuerdas?
- MARTA:- ¡Oh, Juan, hace tanto tiempo!
- JUAN:- Quince años, ni más ni menos. ¿Me encuentras cambiado?
- MARTA:- ¿Tú? Sí, también tú. Aunque.....
- JUAN:- ¿Qué quieres decir?
- MARTA:- Nada.
- JUAN:- No demuestras alegría al vernos.
- MARTA:- ¡He esperado tanto tiempo, tanto tiempo....!
- JUAN:- ¿Esperar...? ¿Mi regreso?
- MARTA:- Sí.
- JUAN:- Por qué esperabas que volviera?
- MARTA:- Para que repararas el mal que hiciste.
- JUAN:- ¿Yo?
- MARTA:- ¿Olvidaste que por tu causa una mujer murió en la miseria y en la deshonra? ¿Olvidaste que has envenenado la juventud de una pobre niña?
- JUAN:- ¿Y tú, Marta, me repriminas? ¿No te dijo nunca tu hermano que.....?
- MARTA:- ¡Mi hermano! ¿Por qué?
- JUAN:- ¿Es que nunca...nunca tuvo una palabra de excusa para mí?
- MARTA:- Juan, ya sabes que en moral tiene principios muy severos.
- JUAN:- Sí, sí, Conozco los principios severos de mi antiguo amigo Ricardo...Y sin embargo...acabo de hablar con él. En este punto ha cambiado más que tú.
- MARTA:- ¿Puedes decirlo tú? Ricardo siempre fué hombre honrado e inflexible.
- JUAN:- No es eso lo que quiero decir. Dejémoslo. Ya se como me juzgas. Esperabas el regreso del hijo pródigo.
- MARTA:- Oye, Juan, voy a decirte lo que pienso. (señalando al jardín). ¿Ves esa joven que juega con Olaf? Es Dina. ¿Recuerdas la incomprensible carta que me dirigiste después de tu marcha? Me rogabas que tuviera confianza en ti, y tuve confianza en ti, Juan. Todo lo malo que se contaba de ti podía ser error de un momento, una hora de ofuscación.

JUAN:- No te entiendo.

MARTA:- Me entiendes muy bien. Pero dejemos este asunto. Te fuiste para empezar una nueva vida, y Juan, yo, tu antigua amiga, te sustituí. Los deberes que no quisiste o no pudiste cumplir, los acepté yo. Te lo digo para que no tengas remordimientos. Fui una madre para la pobre niña y la eduqué lo mejor que pude.

JUAN:- ¿Y por eso sacrificaste tu vida?

MARTA:- No sacrifiqué mi vida. Pero has vuelto muy tarde, Juan.

JUAN:- ¡Marta!...!Si pudiera decírtelo todo! Permíteme al menos que te dé las gracias por tu lealtad.

MARTA:- (Haciendo un esfuerzo por sonreír.) Ahora que nos hemos explicado por completo, Juan....!silencio! Alguien viene. Adios. No puedo hacer nada. (Se va por la segunda puerta de la derecha. La Srta. Hessell llega del jardín, seguida por la Sra. Bernick.)

SRA. BERNICK:- Pero, por Dios, Lona, ¿qué te da?

LONA:- Déjame. Te digo que quiero y debo hablarle.

SRA. BERNICK:- ¡Qué escándalo más horroroso sería! Juan, ¿aún estás ahí?

LONA:- ¡Vaya, vete! ¿Qué buscas aquí? Vete al jardín a hablar con Dina....

JUAN:- Precisamente ahora iba a
.....

SRA. BERNICK:- Pero.....
.....

LONA:- Oye, Juan. ¿Te has fijado bien en Dina?

JUAN:- Ya lo creo.

LONA:- Fíjate más aún. Es la mujer que te conviene.

SRA. BERNICK:- ¡Lona!

JUAN:- ¿Es la mujer que me conviene?

LONA:- Sí, fíjate bien en ella. ¡Vete!

JUAN:- Con mucho gusto. (Se va al jardín).

SRA. BERNICK:- Lona, estoy asustadísima. ¿No hablas en serio, verdad?

LONA:- Muy en serio. Joven, guapa, bien educada. Es precisamente la mujer que le conviene a Juan. Una mujer así ser mejor compañera suya que una vieja solterona como yo.

SRA. BERNICK:- ¡Dina! ¡Dina Dorff! ¡Reflexiona!

LONA:- Ante todo pienso en su felicidad. Tengo que ayudarle, porque él no entiende nada de eso. No sabe tratar a las mujeres ni a las señoritas.

SRA. BERNICK:- ¿Quién? ¿Juan? Pues me parece que, desgraciadamente, dió una prueba de.....

LONA:- ¿Quién piensa en esos cuentos estúpidos? ¿Dónde está Bernick? ¡Quiero hablarle!

SRA. BERNICK:- Lona, te digo que no lo hagas.

LONA:- ¡Sí! ¡Sí! Aunque no se guste n deben casarse. Bernick es un hombre muy inteligente, que sabrá encontrar el medio de...

SRA. BERNICK:- ¿Y crees que tolerará ese sistema americano de proceder?

LONA:- ¡Tonterías, Betty!

SRA. BERNICK:- Crees que un hombre de tan severa moralidad como Ricardo.....

LONA:- ¡Bah! Ya verás cómo no lleva su severidad a tanto.

SRA. BERNICK:- ¿Qué quieres decir?

LONA:- Quiero decir que Bernick no es más moral que los demás.

SRA. BERNICK:- ¡Qué vivo está aún tu odio contra él! ¿Para qué viniste, si no has podido olvidar que....? No comprendo como después de la bochornosa escena que tuviste con él te atreves a presentarte ante sus ojos.

LONA:- Es verdad, Betty; me equivoqué.

SRA. BERNICK:- (Con generosidad.) ¡Y, sin embargo, él que no tenía nada que echarse en cara te ha perdonado! No era culpa suya si te habías hecho ilusiones. Desde entonces me odias a mí también. (llorando) No me has perdonado mi felicidad. Para destruirla has vuelto; para demostrar a la ciudad que despreciable parentela he llevado en dote a Ricardo. Esta es la venganza que meditaste, la venganza en la cual te complaces. Está mal hecho. (Se va llorando por la segunda puerta de la derecha.)

LONA:- (Que se queda sola y la sigue con la vista.) ¡Pobre Betty!

BERNICK:- (Desde la puerta de su despacho.) Sí, sí, muy bien; perfectamente. Señor Krapp, envíe ud. quinientas coronas a la Compañía para los necesitados y los mendigos. (volviéndose.) ¡Lona! ¿Estás sola? Betty, ¿no viene?

LONA:- No. ¿Quieres que llame?

BERNICK:- Es inútil, querida Lona. ¡No puedes imaginarte cuánto he deseado hablar francamente contigo e implorar tu perdón!

LONA:- Oye, Ricardo, déjate de sentimentalismos. Ya no nos sientan bien.

BERNICK:- Necesito que me oigas, Lona. Sé que las apariencias están en contra mía, y que sabes la desgraciada historia en que la madre de Dina... Te juro que fué capricho pasajero, que te amaba sincera, profundamente....

LONA:- Tú te preguntas tal vez a qué he venido?

BERNICK:- Sean cuales fueren tus proyectos, te suplico que no intentes nada antes de haberme justificado. Puedo hacerlo, Lona, o, por lo menos, defenderme.

LONA:- ¡Ahora tienes miedo! Dices que me has amado. Sí, tus cartas me lo aseguraron muchas veces. Tal vez era cuando vivías en el extranjero, solo en países libres, donde tú desarrollabas valor, nobleza e independencia. Tal vez entonces me encontrabas más carácter y más energía que a los demás, y sobre todo era un secreto nuestro. Nadie se podía burlar de ti por tu gusto raro.

BERNICK:- ¿Lona, cómo puedes creer?

LONA:- Pero cuando volviste, cuando viste que la ciudad me ridiculizaba por lo que llamaba mis extravagancias....

BERNICK:- ¿Y por que no hacías caso de nada ni de nadie?

LONA:- Porque odio la hipocresía. Despues conociste a aquella joven y seductora actriz....

BERNICK:- Fué una locura pasajera nada más, te lo juro. No hay de verdad en el asunto ni la décima parte de lo que cuentan.

LONA:- Tal vez sea así en efecto. Pero cuando volvió Betty, joven, hermosa, agasajada; cuando supiste que heredaba la fortuna de nuestra tía y que yo no iba a percibir nada....

BERNICK:- Sí, esa es la verdad. Ahora necesito que me oigas sin interrumpirme. En aquella epoca no amaba a Betty. No fué un nuevo amor el que me obligó a romper contigo. Su fortuna fué causa única de mi elección. Nuestra casa tenía deudas. Tuve que ceder.

LONA:- ¡Y me lo dices a mí en mi propia cara!

BERNICK:- Sí, oye, Lona.....

LONA:- ¿No me escribiste que un amor invencible te encadenaba a Betty? ¿No apelaste a mi generosidad? ¿No me suplicaste, por amor a Betty, que callara lo que había entre nosotros?

BERNICK:- Vuelvo a decirte que era necesario.

LONA:- ¡Ahora si que no me arrepiento de mi cólera!

BERNICK:- Deja que te cuente serena y friamente cuál era nuestra situación. Te acordarás que mi madre dirigía la casa, pero no comprendía el comercio, y tuve que regresar a la carrera, de Paris. Los momentos eran criticos. Había que ponerlo todo en orden. Al llegar, comprobé, este secreto ha quedado enterrado siempre en lo más profundo de mi corazón, que nuestra casa estaba muy cerca de la ruina, mejor dicho, arruinada ya, una casa tan antigua y tan respetada, de cerca de un siglo de existencia. ¿Qué debía hacer yo, el hijo, el hijo único, sino procurar su salvación por cualquier medio?

LONA:- ¿Y salvaste la casa Bernick, a expensas de una mujer?

BERNICK:- Ya sabes cuanto me amaba Betty.

LONA:- ¿Y yo?

BERNICK:- Créeme, Lona; tu no hubieras sido dichosa conmigo.

LONA:- ¿Entonces me abandonaste por mi bien?

BERNICK:- ¿Crees que fué por egoismo? Si hubiese estado solo, sin deberes, no hubiera tenido los compromisos del pasado. ¡Ah! No puedes imaginarte cuanto agobian al hombre de negocios las responsabilidades que tiene. Se convierte, por decirlo así, en ser extraño a sí mismo. Piensa que el bienestar o la desgracia de miles de seres depende de él. Además, ¿la sociedad a la cual pertenecemos los dos no se hubiera tambaleado ante la quiebra de la casa Bernick?

LONA:- ¿Y tal vez por consideración a esa sociedad mantuviste quince años la mentira?

BERNICK:- ¿Qué mentira?

LONA:- ¿Betty sabe lo que pasó antes y después de tu unión con ella?

BERNICK:- ¿Para qué mortificarla con esta confianza inútil?

LONA:- ¿Inútil? ¿Lo crees así? Sí, sí,; eres hombre de negocios y debes saber muy bien lo que es útil y práctico. Pero, oye, Ricardo: también yo quiero hablar serena, friamente. Dime, ¿eres ahora realmente dichoso?

BERNICK:- ¿En el hogar?

LONA:- Sí.

BERNICK:- Sí, soy feliz, Lona. Tu afecto y tu desprendimiento no fueron vanos. Mi felicidad ha aumentado de año en año. Betty es indulgente y cariñosa. Con el tiempo se ha acostumbrado a mis ideas.....

LONA:- ¡Bah!

BERNICK/- Antes tenía sobre el amor ideas exageradas. No podía admitir la idea de que con el tiempo las pasiones más ardientes se transformasen en dulce amistad.

LONA:- Ahora se ha resignado.

BERNICK:- Sí; has de pensar que fué desarrollándose a mi lado, con el trato continuo. Para ocupar dignamente el lugar que nos corresponde hay que marchar de acuerdo en la vida. Betty lo comprendió y por eso nuestra casa es hoy una casa modelo.

LONA:- Pero, ¿nada saben en la ciudad de tus mentiras?

BERNICK:- ¿De mis mentiras?

LONA:- Sí, de tus mentiras durante quince años.

BERNICK;- ¿Llamas túa eso.....?

LONA:- Mentiras, triple s mentiras: mentiras contra mí, mentiras contra Betty y mentiras contra Juan.

BERNICK:- Betty nunca me ha preguntado nada.

LONA:- No sospechaba nada.

BERNICK:- Y por consideración hacia ella no exigirás tú que yo.....

LONA:- ¡De mí me importa poco! Tengo las espaldas anchas para cargar con las burlas.

BERNICK:- Juan no me lo exige tampoco, me lo ha prometido.

LONA:- Pero, Ricardo, ¿nunca has pensado que deberías confesar esta mentira?

BERNICK:- ¿Que sacrifique porque si mi felicidad doméstica y mi posición social?

LONA:- Pero, ¿qué derecho tienes a la felicidad?

BERNICK:- Desde hace quince años adquiero de día en día más derecho por la corrección de mi vida, por todo lo que hago, por todo lo que hice.

LONA:- Mucho hiciste para ti y para los demás. Eres el hombre más rico y más influyente de la ciudad. Todos se inclinan ante ti, porque tu reputación es intachable. Pasa tu casa por casa modelo; tu vida, por vida modelo; pero esta buena reputación se apoya en terreno movedizo, y en un momento dado una palabra puede brotar para hundirte en el lodo, porque no habrás tenido la precaución de ponerte a salvo.

BERNICK:- ¿Qué pretendes?

LONA:- Quiero ayudarte, Ricardo, a consolidar el terreno que has de pisar.

BERNICK:- No: quieres vengarte. Lo presentía. Pero no lo lograrás. No hay más que una persona que tenga derecho a hablar, y se callará.

LONA:- ¿Juan?

BERNICK:- Si, Juan. Si otros me acusan, negaré, y él me defenderá con toda su alma...Te juro que no te saldrás con la tuya. El único que podía perderme quiere callar y va a alejarse otra vez. (Rummel y Wiegeland llegan por la izquierda.)

RUMMEL:- Buenos días, buenos días, querido Bernick. Ven con nosotros al Círculo del Comercio. Ya sabes que tenemos reunión para tratar del asunto de los ferrocarriles.

BERNICK:- No puedo. Es imposible.

WIEGELAND:- Es absolutamente necesario que venga usted, señor cónsul.

RUMMEL:- Es necesario, Bernick. Hay allí elementos que nos son hostiles. El periodista Hammer y otros son partidarios de un ferrocarril costero, y afirman que el nuevo proyecto favorece sobre todo a algunos intereses privados.

BERNICK:- Díganles ustedes que....

WIEGELAND:- No servirá para nada cuanto les digamos, señor cónsul.

RUMMEL:- No, no; es necesario que vengas. Nadie se atreverá a acusarte.

LONA:- En efecto.

BERNICK:- Pero no puedo; os repito que estoy indispuesto; esperad por lo menos....a que me reponga.

RORLUND:- (Que llega por la izquierda.) Disculpe usted, señor cónsul; pero estoy tan excitado....

BERNICK:- Está usted disculpado. ¿Qué tiene usted?

RORLUND:- Una pregunta nada más. Señor cónsul, la muchacha que usted recogió se pasea con autorización suya con el hombre que....

LONA:- ¿Con que hombre, señor pastor?

RORLUND:- El hombre que ante todos los hombres de la tierra debía ser el que más se apartase de su camino.

LONA:- ¡Oh!

- RORLUND:- ¿Lo ha permitido usted, señor cónsul?
- BERNICK:- (Buscando el bastón y los guantes) No sé de que me habla usted. Perdóneme usted; se lo ruego. Necesito ir al Círculo del Comercio.
- HILMAR:- (Que llega del jardín) ¡Betty! ¡Betty! ¡Ven!
- SRA. BERNICK:- ¿Qué pasa?
- HILMAR:- Baja al jardín y acaba con la corte que ese quídam se permite hacer a Dina, Mis nervios están en una tensión horrorosa.
- LONA:- ¡Hola! ¿Qué dice ella?
- HILMAR:- Que quiere irse a América con él. Ni más ni menos. ¡Oh! ¡Oh!
- RORLUND:- ¿Es posible?
- SRA. BERNICK:- ¿Qué dices tú a esto?
- LONA:- Que será encantador.
- BERNICK:- No. Has oído mal.
- HILMAR:- Pregúntaselo tú mismo. Aquí llega la pareja. No me metas en líos.
- BERNICK:- (A Rummel y Wiegeland) Estoy a vuestra disposición. (Vanse Rummel y Wiegeland por la izquierda.)
- JUAN:- ¡Hurra! ¡Dina viene con nosotros!
- SRA. BERNICK:- Pero, Juan, ¿estás loco?
- RORLUND:- ¿Es posible? Es un escándalo que pone los pelos de punta. ¿Qué medios de seducción ha empleado...?
- JUAN:- ¡Calma! ¡Calma! amigo mío; ¿qué está usted diciendo?
- RORLUND:- Dina, contésteme: ¿Tiene usted ese proyecto? ¿Lo ha imaginado espontáneamente?
- DINA:- Necesito irme lejos de aquí.
- RORLUND:- Pero, ¡con él!, ¡con él!
- DINA:- ¿Quién más tendría valor para llevarme?
- RORLUND:- Ahora va usted a saber quien es.
- JUAN:- ¡Cállese usted!
- BERNICK:- ¡Ni una palabra más!
- RORLUND:- Interpretaría mal los deberes que me impone mi situación de guardián de la moral y sería indigno de esta joven, en cuya educación he trabajado, si...
- JUAN:- ¡Cuidado!
- RORLUND:- Usted lo sabrá todo, Dina. ¡Este hombre es el que arrojó a su madre en la miseria y en la deshonra!
- BERNICK:- ¡Señor pastor!
- DINA:- ¡El! (A Juan) ¿Es verdad?
- JUAN:- Ricardo, responde tú.
- BERNICK:- ¡Ni una palabra más! ¡Ni una palabra más!

DINA:- ¡Era verdad!

RORLUND:- Sí, sí, es verdad, es verdad. Pero hay algo peor. Ese hombre, al cual ha concedido usted tan pronto su confianza, no se fue con las manos vacías... La caja de la Sra. Bernick madre... el señor cónsul puede atestiguarlo...

LONA:- ¡Mentira!

BERNICK:- ¡Oh!

SRA. BERNICK:- ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JUAN:- (Corriendo a él con el brazo levantado.) ¿Se atreve usted...?

LONA:- ¡No le pegues, Juan!

RORLUND:- Sí, vuelva contra mí su cólera. El mismo señor cónsul lo ha confesado. Toda la ciudad lo sabe. Dina, ahora ya sabe usted de que hombre se trata. (Pausa)

JUAN:- (En voz baja, cogiendo a Ricardo por un brazo.) ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Qué has hecho?

SRA. BERNICK:- (llorando) ¡Y pensar que soy yo, Ricardo, quien te mancho con este lodo!

SALDSTADT:- (Que llega corriendo) Es absolutamente necesario que venga usted, señor cónsul. El asunto está pendiente de un cabello.

BERNICK:- (Distraído) ¿Qué pasa? ¿Qu'e debo hacer?

LONA:- (Con seriedad) Debes ir a defender tu Sociedad, cuñado.

SALDSTADT:- Sí, venga usted, venga usted; necesitamos toda su influencia.

JUAN:- (en voz baja.) Bernick, mañana hablaremos. (Se va por el jardín. Bernick, humillado, se va con Saldstadt.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Jardín-salón en casa del cónsul Bernick. Bernick, con su bastón y muy agitado, sale de la segunda habitación de la derecha y cierra la puerta con violencia.

BERNICK:- ¡Ahí tienes!....Esta vez no ha sido de broma. Así te acordarás del castigo. (A una persona que está en la habitación.) ¿Qué dices? Pues yo te digo que eres una madre imprudente. Tú le defiendes: tu excusas sus maldades. ¿Qué no son maldades? Escaparse por la noche de casa y quedarse con los pescadores del puerto hasta las diez de la mañana; tenerme así en angustia mortal toda la noche, a mí, que ya tengo tantas preocupaciones....¡Y ese bandido se atreve todavía a amenazarme con huir...! ¡Que lo intente...! ¿Tú? Sí, lo creo...En el fondo te importa poco su felicidad o su desgracia. Creo que aunque se muriera, tú...¡Está bien! Pues a mí no me conviene quedarme sin mi hijo..¡Basta de recriminaciones, Betty! Está decidido. Quedará castigado. ¡Silencio! No quiero que se entere la gente.

KRAPP:- (Que llega por la izquierda.) ¿Puede usted disponer de un momento?

BERNICK:- (Dejando el bastón.) Sí. ¿Viene del astillero?

KRAPP:- Directamente, sí.

BERNICK:- ¿Y qué? ¿Adelanta el "Palmier"?

KRAPP:- El "Palmier" se botará mañana; pero....

BERNICK:-¿El "Indian Girl" también? Ya temía yo que ese testarudo.....

KRAPP:- El "Indian Girl" también podrá salir mañana, solamente que no irá muy lejos.

BERNICK:- ¿Qué dice?

KRAPP:- Perdóne ud., señor cónsul: esa puerta está abierta y temo que detrás haya algúien.

BERNICK:- (La cierra.) ¿Pasa entonces algo que nadie deba oír?

KRAPP:- Pasa que el contramaestre del astillero, Aune, tiene, evidentemente, el propósito de hacer naufragar al "Indian Girl" con cargamento y tripulación.

BERNICK:- ¡Dios mío! ¿Cómo puede usted imaginarlo?

KRAPP:- No puedo explicarme de otra manera lo que....

BERNICK:- Cúntelo brevemente.

KRAPP:- Empiezo. Sabe ud. que el trabajo iba muy despacio desde que se confiaron las nuevas máquinas a todos esos obreros sin experiencia....

BERNICK:- Sí, sí.

KRAPP:- Hoy, al llegar al astillero, observé con sorpresa que las reparaciones del navío americano iban muy adelantadas. Ud. sabe que la bodega estaba muy podrida.....

BERNICK:- Sí, sí. ¿Y qué?

KRAPP:- Pues la encontré recubierta, completamente reparada, en apariencia como nueva. Aune trabajó toda la noche con luz artificial.

BERNICK:- ¡Bueno! ¡Bueno! ¿Y después?

KRAPP:- Bajé a la bodega, lo examiné todo. Los obreros almorzaban. Pude inspeccionar el barco sin que me viesen. Con gran dificultad llegué a la bodega y allí, señor cónsul, hice extrañas observaciones.

BERNICK:- No puedo creerlo, señor Krapp. No puedo ni debo creer nada por el estilo de parte de Aune.

KRAPP:- Lo siento mucho, pero es la verdad. Le dije a ud. que hice observaciones extrañas. No se han puesto nuevas vigas. Se han limitado a ajustar y a sujetar las planchas antiguas. Un trabajo de obrero de mala fe. Le juro a usted que el "Indian Girl" no llegará a Nueva York. Se hundirá como plomo.

BERNICK:- ¡Es espantoso! ¿Qué se figura ud. que intenta?

KRAPP:- Probablemente desacreditar las nuevas máquinas y al mismo tiempo vengarse. Quiere que se tomen los antiguos obreros despedidos....

BERNICK:- Y para conseguirlo sacrifica la vida de muchas personas....

KRAPP:- Hace poco dijo que los tripulantes del "Indian Girl" no eran hombres, sino brutos.

BERNICK:- Sí, sí, tal vez, pero ¿y el enorme capital que va a perderse?

KRAPP:- Aune no ama los grandes capitales, señor cónsul.

BERNICK:- Es verdad, es verdad; es un revolucionario. ¡Pero una cosa tan monstruosa!....Oiga ud., señor Krapp, habrá que vigilar, ni una palabra a nadie. Si la gente se enterara, murmurarían de nuestro astillero.

KRAPP:- Sí, naturalmente.

BERNICK:- A mediodía, durante el descanso, haga una nueva inspección. Necesitamos tener la certeza absoluta.

KRAPP:- Iré, señor cónsul. Pero permitame que le pregunte: ¿qué intenta usted?

BERNICK:- Denunciarle, como es natural. No quiero pasar por cómplice de un crimen. Quiero guardar pura mi conciencia. Además, esto hará buena impresión en la prensa y sobre todo en los Círculos, cuando vean que voy de lado todas las consideraciones personales y dejo a la justicia que siga su curso.

KRAPP:- Muy justo, señor cónsul.

BERNICK:- Ante todo, examine el caso a conciencia y no diga nada a nadie.

KRAPP:- No abriré la boca u puede usted estar seguro de que haré una inspección concienzuda. (Vase y atraviesa el jardín.)

BERNICK:- (En voz baja.) ¡Espantoso! Pero no, no es posible. (En el momento en que entra en su despacho, llega Hilmar por la izquierda.)

HILMAR:- Buenos días, Bernick; te felicito por la victoria que alcanzaste sobre tus adversarios.

BERNICK:- Gracias.

HILMAR:- Fué una brillante victoria, según me han dicho. Una victoria de la burguesía inteligente sobre el egoísmo y los prejuicios, algo como una "razzia" francesa contra las cabilas...Y es aún más importante despues de la desagradable historia de ayer.....

BERNICK:- Sí, sí, pero dejemos eso.

HILMAR:- Pero la batalla principal aun ha de librarse.

BERNICK:- ¿A propósito del ferrocarril?

HILMAR:- ¿Sabes lo que el periodista Hammer trama contra nosotros?

BERNICK:- No. ¿Qué es?

HILMAR:- Ha recogido un rumor que circula y quiere hacer con él un artículo.

BERNICK:- ¿Qué rumor?

HILMAR:- Pues...de algunas compras considerables de terreno junto al empalme en proyecto.

BERNICK:- ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Circula realmente ese rumor?

HILMAR:- Ya lo creo. Toda la ciudad lo comenta. Hace poco se hablaba de ello en el Círculo. Decían que un procurador había comprado secretamente los bosques, los terrenos, los saltos de agua, ¡qué sé yo!

BERNICK:- ¿No dicen quién?

HILMAR:- En el Círculo afirman que debe ser una Compañía extranjera que tuvo conocimiento de tus proyectos y que se apresuró a comprar antes del alza de precios... ¿No es odioso?

BERNICK:- ¿Odioso?

HILMAR:- Sí. Que los extranjeros se lucren así con nosotros. ¡Un procurador de la ciudad prestarse a ello! Así, pues son los extranjeros los que ahora disfrutarán de todas las ventajas.....

BERNICK:- Pero, por lo visto, se trata de un rumor muy vago.

HILMAR:- Al que, sin embargo, se concede crédito. Y mañana o pasado mañana Hammer lo dedicará un artículo. He oido decir a muchos que si la noticia se confirma se harán borrar de la lista de accionistas.

BERNICK:- ¡Es imposible!

HILMAR:- ¿Imposible? ¿Por qué crees que esos tenderos toman parte de tan buen grado en tus empresas? Ya están engolosinados con la esperanza de....

BERNICK:- ¡Te digo que es imposible! Nuestra sociedad tiene todavía demasiado sentido común para....

HILMAR:- ¿Aquí? Eres optimista y juzgas a los demás por ti. Pero yo, que soy un observador acostumbrado.... No hay aquí nadie, fuera de nosotros, nadie que pueda llevar dignamente la bandera intelectual. (Se va al fondo del salón.) ¡Oh! ¡Oh! ¡Ya vuelven!

BERNICK: / ¿Quiénes?

HILMAR:- Los dos americanos. (Mira.) Pero, ¿quién va con ellos? ¡Dios nos asista! El capitán del "Indian Girl"; ¡Oh! ¡Oh!

BERNICK:- ¿Qué pueden ellos decirle?

HILMAR:- Van bien en su compañía. Ese debe haber sido, sin duda alguna, negrero o pirata. Y los otros, ¿quién sabe lo que han hecho?

BERNICK:- Te digo que eres injusto con ellos cuando hablas así.

HILMAR:- Eres un optimista... Vamos a tener que soportarles aún más. Me voy, antes de que vuelvan. (Se va por la puerta de la derecha.) (Entra Lona)

LONA:- ¿Te vas porque llego, Hilmar?

HILMAR:- Nada de eso. Tengo prisa. Necesito hablar con Betty. (Entra en la segunda habitación de la derecha.)

BERNICK:- (Después de una pausa.) ¿Qué Lona?

LONA:- Sí: ¿qué?

BERNICK:- ¿Qué piensas hoy de mí?

LONA:- Lo que pensaba. Mentira más o menos....

BERNICK:- Quiero explicarte. ¿Dónde está Juan?

LONA:- Va a venir. Tenía que arreglar un asunto.

BERNICK:- Ya debes comprender, después de lo que oíste ayer, que mi vida quedaría rota para siempre si se supiese la verdad.

LONA:- Lo comprendo.

BERNICK:- No necesito decir que no fui yo quien hizo circular el rumor de que la caja había sido robada por.....

LONA:- Sí, es natural. Pero, ¿quién fué el ladrón?

BERNICK:- No lo hubo. No robaron ni un céntimo.

LONA:- ¿Cómo?

BERNICK:- Ni un céntimo, te repito.

LONA:- ¿Cuál es, pues, el origen del rumor deshonroso para Juan de que.....?

BERNICK:- Lona, creo que te lo debo explicar a tí mejor que a nadie. No te ocultaré nada. Si circuló ese rumor, tengo parte de culpa.

LONA:- ¿Tú? ¿Tú hiciste eso contra él para salvarte.....?

BERNICK:- No me condenes sin conocer la situación. Ya te lo expliqué ayer. Cuando regresé de mi viaje al extranjero, encontré a mi madre comprometida en muchas empresas insensatas, y además ocurrieron mil incidentes diversos. Todo se había desencadenado contra nosotros. Nuestra casa estaba a dos pasos de la ruina. Aunque fuese algo ligero, estaba desesperado. Para distraerme algo de mis preocupaciones, me arrojé en la desgraciada aventura que tuvo por consecuencia el viaje de Juan.

LONA:- ¡Bah!

BERNICK:- Ya puedes imaginarte que se inventaron murmuraciones de toda clase cuando partiste con Juan. "No es su primera calaverada", decía uno. "Ha dado una gran cantidad a Dorff para que se vaya y le deje el campo libre", decía otro. En este momento se supo que nuestra casa experimentaba dificultades para efectuar sus pagos. ¿Qué más natural para los murmuradores que relacionar los dos hechos? "Vivía pobrememente aquí, decían; robó dinero para huir a América." Y, como es natural, esas murmuraciones iban siempre creciendo.

LONA:- Y tú, Ricardo, ¿qué decías?

BERNICK:- Acogí el rumor como tabla de salvación.

LONA:- ¿Y contribuiste a propagarlo?

BERNICK:- Me contentaba con no desmentirlo. Nuestros acreedores apretaban y solamente por esta calumnia pudimos obtener algunos plazos y acabar con las inquietudes que producía la solidez de nuestra casa. Una desgracia, imposible de prever, nos agobiaba. Si no nos estrangulaban, si nos daban tiempo, se podría pagar a todos.

LONA:- ¿Y pagaste a todos?

BERNICK:- Sí, Lona. Esta acusación falsa nos salvó y a ella debo lo que soy.

LONA:- ¿Entonces, una mentira te dió la posición que tienes?

BERNICK:- En aquel momento no perjudicaba a nadie. Juan no tenía intención de regresar.

LONA:- ¿A nadie? Sondea un poco tu conciencia y pregúntate si realmente no causó ningún mal.

BERNICK:- En todas las almas humanas existe un punto negro que es necesario ocultar.

LONA:- ¿Y vosotros sois los que os llamáis, si no me engaño, las columnas de la sociedad?

BERNICK:- No tiene otras mejores.

LONA:- Pero, ¿qué importa que una sociedad así se derrumbe o no? No tenéis más que dos religiones: la de la hipocresía y la de la mentira. ¡Tu eres el hombre más considerado de la ciudad, el más feliz, el más rico, el más poderoso y el más honrado; tú, que dejaste que un inocente cargara con el peso de tu culpa!

BERNICK:- ¿Crees que no comprendo mi deuda con él? ¿Y que no sería feliz pagándola?

LONA:- ¿De qué modo? ¿Por una confesión pública?

BERNICK:- ¿Serías capaz de exigírmela?

LONA:- Pero, ¿qué otro medio hay de reparar tan grave injusticia?

BERNICK:- Soy rico, Lona, y cuanto me pida Juan.....

LONA:- ¡Bah! Ofrecéle dinero y verás lo que te contesta.

BERNICK:- ¿Sabes que piensa hacer?

LONA:- No. Desde ayer está muy serio y no habla. Parece que este incidente le ha cambiado por completo.

BERNICK:- Necesito hablarle.

LONA:- Ahí está. (Bernick va al encuentro de Juan)

BERNICK:- ¡Juan! (Juan retrocediendo)

JUAN;- Oye antes: ayer te di palabra de callarme.

BERNICK:- Sí.

JUAN:- Fué porque no sabía aún.....

BERNICK:- Juan, déjame que te explique la situación en dos palabras.

JUAN:- Es inútil: la adivino. La casa estaba a punto de quebrar. Tu tenías una reputación sin tacha; yo estaba ausente. Echaste la culpa sobre mí. No te recriminaré mucho, porque en aquella época los dos éramos jóvenes y alegres. Pero hoy es necesario que se sepa la verdad. Es necesario que hables.

BERNICK:- ¡En el momento en que más necesito la consideración de todos! ¡Imposible! ¡Ahora, no!

JUAN:- No me preocupo de los rumores que hiciste circular. De otra cosa serás responsable. Dina será mi mujer. Me casaré aquí con ella, y aquí viviremos.

LONA:- ¿Aquí?

BERNICK:- ¿Dina? ¿Aquí? ¿En esta ciudad?

JUAN:- Sí. Quiero desafiar todas las hipobresías y todas las mentiras. Pero para que pueda triunfar necesito que mi reputación, quede intacta.

BERNICK:- ¿Has reflexionado que si acepto la responsabilidad de una de esas faltas incurriría también en la responsabilidad de la otra? Dirás que no podríamos probar por los libros que no hubo irregularidad. Pero no: nuestros libros se llevaban muy mal; además, aunque pudiese probarlo, ¿qué ganaría? Siempre sería el hombre a quien sólo una mentira pudo salvar, y que dejó, durante quince años, que aumentara y creciera la mentira, sin intentar nada para desautorizarla. Si ~~ix~~ conoces algo nuestra sociedad, comprenderás que esto es suficiente para perderme.

JUAN:- Sólo puedo responderte una cosa: amo a la hija de la señora Dorff; me casaré con Dina y viviremos aquí.

BERNICK:- (Secándose el sudor de la frente.) Escúchame, Juan. Escúchame también, Lona. Desde hace días me encuentro en una situación tan excepcional, que si me denuncias, me perdéis, y en mi comprometéis el espléndido porvenir de la sociedad, a la cual pertenecéis por derecho de nacimiento.

JUAN:- Y si no te denuncio pierdo la felicidad de mi vida.

LONA:- Continúa, Bernick.

BERNICK:- Escucha. Todo depende para mí del ferrocarril. El asunto no es tan sencillo como imagináis. ¿Sabéis que se trata de construir una línea en la costa? Este proyecto está defendido por muchos ciudadanos influyentes de la ciudad, y sobre todo por la prensa. Sin embargo, he podido hacerlo abandonar porque perjudicaba a nuestros barcos que hacen el servicio de cabotaje; pero.....

LONA:- ¿Tienes interés en esos barcos?

BERNICK:- Sí, pero por ahí nadie sospecha. Me protege la honorabilidad de mi nombre. Además, personalmente me hubiera resignado a sufrir esta pérdida. Por el bien de la ciudad no quise ceder y quise una línea interior. Durante las negociaciones, me aseguré en secreto que sería posible construir un empalme que llegase hasta aquí.

LONA:- ¿Por qué secretamente?

BERNICK:- Habéis oído hablar de grandes compras de bosques, de minas y de saltos de agua?

JUAN:- Parece que es una compañía extranjera la que ha hecho las compras.

BERNICK:- De momento esos terrenos no valen nada. Se han podido comprar a precios insignificantes. Mientras que si se hubieran esperado a que fuese conocido el proyecto de ferrocarril, los propietarios hubieran exigido precios exorbitantes.

LONA:- Sí, sí, pero.....

BERNICK:- Llego a lo interesante. Puede juzgarse de distinta manera, y solo un hombre tan unánimamente respetado como yo podía arriesgarse..

LONA:- Pero.....

BERNICK:- Yo fui quien lo compró todo..

LONA:- ¿Tú?

JUAN:- ¿Para tí?

BERNICK:- Para mí. Si se construye el empalme, soy millonario. Si no se construye, estoy arruinado..

LONA:- Eres audaz, Bernick;

BERNICK:- He arriesgado mi fortuna en este asunto.

LONA:- No pienso en tu fortuna, pero si llega a saberse.....

BERNICK:- Ahí está lo grave de la cuestión. Con el nombre sin mancha que tengo, puedo aceptar valerosamente esta responsabilidad y decir a mis conciudadanos: "Esto es lo que yo he intentado por el bien general."

LONA:- ¿Por el bien general?

BERNICK:- Sí, y nadie dudará de mi buena fe.

LONA:- Hay, sin embargo, aquí personas que hubiesen maniobrado más francamente y que no hubiesen tenido esta segunda intención, esta consideración, etc.

BERNICK:- ¿Quiénes?

LONA:- ¡Rummel, Sandstadt y Wiegeland!

BERNICK:- Para ganarles a mi causa tuve que interesarles en el negocio.

LONA:- ¿Y qué?

BERNICK:- Se repartirán la quinta parte de los beneficios.

LONA:- ¡Oh! ¡Las columnas de la sociedad!

BERNICK:- ¿No es la sociedad ~~la~~ misma la que nos obliga? ¿Qué hubiera sucedido si no me hubiese adelantado en secreto? Todos hubieran querido tomar parte en esa especulación: lo hubieran destrozado, derrochado, inutilizado todo. No hay en la ciudad nadie más que yo que pueda llevar a término un negocio tan importante. En este país sólo las familias de inmigrantes tienen aptitud para los negocios, y esto tranquiliza mi conciencia. En mis manos, sólo en mis manos esas tierras fructificarán y darán todo el producto que puede esperarse de ellas.

LONA:- Tal vez tengas razón en ello, Bernick.

JUAN:- Pero yo no conozco a todo ese mundo, y la felicidad de mi vida va en ella.

BERNICK:- También va en ello la prosperidad del país natal. A poco que me alcance una duda sobre la corrección de mi vida pasada, todos mis adversarios se precipitarán sobre mi y me perderán. En nuestra sociedad no se borran las faltas ligeras de la juventud. Estudiarán mi vida desde entonces, recordarán mil incidentes pequeños, se hablará de ellos en todo sentido y finalmente, se pondrán de acuerdo para deducir los corolarios indispensables de esta primera falta. Me aplastarán bajo el peso de las murmuraciones y de las calumnias y me obligarán a retirarme del asunto del ferrocarril. Y, sin mí, el negocio muere, y me encuentro material y moralmente arruinado, muerto.

LONA:- Juan, despues de lo que acabas de oír debes callar y partir de nuevo.

BERNICK:- Sí, sí, Juan: hazlo.

JUAN:- Sea. Me iré i me callaré. Pero volveré más tarde, y entonces hablaré.

BERNICK:- ¡Quédate allá, Juan; calla, y con gusto partiré contigo!

JUAN:- ¡Guárdate el dinero y devuelmeme el honor!

BERNICK:- ¿Y qué sacrifique al mío?

JUAN:- Sí, y que contigo se hunda tu sociedad. Debo y quiero merecer que Dina sea mi mujer.... Mañana me embarcaré en el "Indian Girl".

BERNICK:- (Vivamente) ¿En el "Indian Girl"?

JUAN:- El capitan me ha prometido llevarme. Parto, pues; pongo en orden mis asuntos, vendo mi granja, y dentro de dos meses estoy de vuelta.

BERNICK:- ¿Y a tu vuelta hablarás?

JUAN:- A mi vuelta el culpable cargará con la responsabilidad de su falta.

BERNICK:- ¿Olvidas que también debería asumir la responsabilidad de faltas que no he cometido?

JUAN:- ¿Quién se ha aprovechado, durante quince años, de esos rumores deshonrosos?

BERNICK:- ¿Quieres desesperarme? Pero se hablas, negaré. ¡Diré que es una conspiración urdida contra mí, una venganza, un medio de quererme sacar dinero.

LONA:- ¿No te da vergüenza, Ricardo?

BERNICK:- Os digo que estoy desesperado. Defiendo mi vida. ¡Lo negaré todo, todo!

JUAN:- Tengo pruebas: tus dos cartas. Las encontré en mi maleta con otros papeles. Esta mañana he vuelto a leerlas. Son pruebas suficiente.

BERNICK:- ¿Y las enseñarás?

JUAN:- Si es necesario, sí.

BERNICK:- ¿Y regresarás dentro de dos meses?

JUAN:- Así lo espero. El viento es favorable. Dentro de tres semanas estaré en Nueva York si el "Indian Girl" no naufraga.

BERNICK:- ¿No naufraga? ¿Y por qué tiene que naufragar?

JUAN:- Eso digo yo.

BERNICK:- (Con voz apenas perceptible.) ¿No naufragará?.....

JUAN:- Ya ves lo que te espera, Bernick. En este tiempo podías tomar una resolución. ¡Adios! Saluda a Betty de mi parte aunque no me haya acogido fraternalmente. Quisiera ver a Marta.... para que ella hablase a Dina....bien de mí. (Se va por la puerta del foro izquierdo.)

BERNICK:- (Aparte) ¿El "Indian Girl"? (Rápidamente) Lona, es necesario que lo impidas.

LONA:- Ya lo has visto tu mismo, Ricardo. Perdí toda influencia sobre el. (Mira a Juan, que entra en el despacho de la derecha.)

BERNICK:- (Muy agitado.) ¿Si no naufraga?.....

AUNE:- (Que llega por la izquierda.) Perdone usted, señor cónsul; ¿llego en mal momento?

BERNICK:- ¿Qué quiere usted?

AUNE:- Quisiera preguntarle una cosa, señor cónsul.

BERNICK:- Está bien. Diga pronto. ¿Qué me tiene usted que preguntar?

AUNE:- Si está usted completamente decidido a despedirme en el caso en que el "Indian Girl" no pueda salir mañana.

BERNICK:- ¿Qué quiere decir? El barco está aparejado.

AUNE:- Es verdad; pero si no sale, ¿me despiden?

BERNICK:- ¿A qué viene esta pregunta inútil?

AUNE:- Quiero tener la conciencia tranquila, señor cónsul. Dígame usted solamente si seré despedido o no.

BERNICK:- Siempre cumplo mi palabra.

AUNE:- De manera que, en ese caso, mañana perderé mi situación en su casa, en la mía, con mis compañeros; seré el ser inútil que se arroja de la sociedad si...

BERNICK:- No tenemos nada más que hablar sobre este asunto, Aune.

AUNE:- El "Indian Girl" saldrá mañana. (Pausa)

BERNICK:- Oiga usted, yo no puedo vigilarlo todo. No puedo ser responsable de todo. ¿Me asegura usted que esas reparaciones se han hecho de modo irrochable?

AUNE:- Me ha dado usted muy poco tiempo, señor cónsul.

BERNICK:- ¿Puede usted asegurarme que la carena no tiene nada censurable?

AUNE:- El tiempo es hermoso. Estamos en la estación buena.

BERNICK:- (Después de una pausa.) ¿Tiene usted algo más que decirme?

AUNE:- Nada.

BERNICK:- Quedamos en que el "Indian Girl" saldrá.

AUNE:- Mañana.

BERNICK:- Sí.

AUNE:- Bien. (Saluda y vase. Bernick queda un momento indeciso. Da algunos pasos para llamarle pero se detiene y queda con la mano sobre el picaporte de la puerta con gran turbación. KRAPP abre la puerta y entra.)

KRAPP:- (En voz baja.) ¿Estuvo aquí? ¿Confesó?

BERNICK:- ¿Ha descubierto usted algo?

KRAPP:- ¿Qué más da? ¿No se lee en sus ojos la turbación de su conciencia?

BERNICK:- ¡Dah! Eso no se lee en ninguna parte... ¿Ha descubierto usted algo, sí o no?

KRAPP:- No he podido bajar a la bodega. Era demasiado tarde. El "Indian Girl" salía del dique. Pero esta misma precipitación prueba que.....

BERNICK:- No prueba nada; ¿y la inspección oficial, se verificó?

KRAPP:- Sí, pero.....

BERNICK:- ¿Y no han encontrado ninguna deficiencia?

KRAPP:- El señor cónsul sabe demasiado bien cómo se hacen las inspecciones oficiales, sobre todo en un astillero de tan excelente reputación como el nuestro.

BERNICK:- Sea como sea, no tenemos ninguna responsabilidad.

KRAPP:- ¿El señor cónsul realmente no ha observado en Aune que.....?

BERNICK:- Me ha tranquilizado por completo.

KRAPP:- Y yo le aseguro que estoy moralmente convencido de que...

BERNICK:- ¿Qué significa esto, señor Krapp? Ya sé que Aune no es santo de su devoción. Pero si quiere perjudicarlo, busque otra ocasión. Ya sabe usted cuanto me importa, o mejor dicho, cuánto importa a los armadores que el "Indian Girl" salga mañana.

KRAPP:- ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Sea! ¡Pero vamos a tardar mucho tiempo en volver a oír hablar del "Indian Girl"!.....

WIEGELAND:- (Que llega por la izquierda.) Su muy humilde servidor, señor cónsul. ¿Puedo hablar con usted?

BERNICK:- Estoy a sus ordenes, señor Wiegeland.

WIEGELAND:- Quiero saber si usted opina que el "Palmier" salga mañana.

BERNICK:- Sí, es cosa decidida.

WIEGELAND:- Acabo de ver al capitán. Me ha dicho que todo presagiaba una tempestad.

KRAPP:- El barómetro ha bajado mucho desde esta mañana.

BERNICK:- ¿Sí? ¿Realmente nos amenaza una tempestad?

WIEGELAND:- En todo caso, un viento muy fuerte. Hay que confesar que sopla en buena dirección.

BERNICK:- ¿Sí? ¿Qué opina usted?

WIEGELAND:- Lo que le dije al capitán. La Providencia protege al "Palmier". Además, sólo hace la travesía del mar del Norte, y en Inglaterra los gastos son tan poco elevados que.....

BERNICK:- Experimentaríamos pérdidas considerables si esperásemos.

WIEGELAND:- El barco es muy sólido y está asegurado por todo su valor. El peligro es mayor aún para el "Indian Girl".

BERNICK:- ¿Por qué?

WIEGELAND:- También sale mañana por la mañana.

BERNICK:- En efecto: los armadores nos han dado tanta prisa, y después....

WIEGELAND:- Si ese casco viejo se aventura, sobre todo con semejante tripulación, sería vergonzoso para nosotros impedir que....

BERNICK:- ¡Bueno! ¡Bueno! ¿Usted tiene sin duda los documentos necesarios?

WIEGELAND:- Aquí están.

48

BERNICK:- ¿Quiere usted tener la bondad de esperar aquí un momento con el señor Krapp?

KRAPP:- Si usted quiere, todo está dispuesto.

WIEGELAND:- Perfectamente. Y para el éxito nos encomendamos al Todopoderoso. (Entra con Krapp en el primer despacho de la derecha.)

RORLUND:- (Que llega por el jardín.) ¡Ah! ¿Está usted en casa a estas horas, señor cónsul?

BERNICK:- (Pensativo.) Ya lo ve usted.

RORLUND:- Sobre todo deseaba ver a la señora Bernick. He pensado que necesitaba palabras de consuelo.

BERNICK:- Es posible, pero hablaría yo también de buena gana con usted.

RORLUND:- ¡Encantado, señor cónsul! Pero, ¿qué pasa? ¿Qué tiene usted? Está usted pálido, agitado.

BERNICK:- ¿Yo...? ¿Estoy...? Y ¿cómo ha de ser de otra manera con la fatalidad desencadenada contra mí? Los intereses comerciales.... el ferrocarril.... ¿Me permite usted que le haga una pregunta, señor vicario?

RORLUND:- Con mucho gusto, señor cónsul.

BERNICK:- Se me ocurre un pensamiento. Cuando se intenta una empresa importantísima que va a causar el bienestar de millares de personas; cuando esta empresa exige una víctima....

RORLUND:- ¿Qué quiere usted decir?

BERNICK:- Un ejemplo. Se quiere construir una gran fábrica: Se sabe con seguridad que más pronto o más tarde la fábrica será causa de accidentes mortales....

RORLUND:- Es muy verosímil, en efecto.

BERNICK:- Más aún. Para explotar una mina, se admite tanto a los padres de familia como a los jóvenes, y sin embargo se tiene la seguridad de que no todos resistirán a esa vida.

RORLUND:- ¡Tiene usted razón!

BERNICK:- Bueno. Se sabe de antemano que toda empresa costará, tarde o temprano, algunas vidas humanas. Pero esta empresa es de interés general. Por cada vida se comprará el bienestar de centenares, de millares de personas.

RORLUND:- ¿Se refiere usted al ferrocarril? ¿A los trabajos en túneles, puentes, etc., etc?

BERNICK:- Sí, sí; pienso en el ferrocarril. En el trayecto se van a abrir minas, a crear fábricas. ¡Quién sabe!.....

RORLUND:- Querido señor cónsul, usted es demasiado escrupuloso. Mi opinión es que si todas esas empresas se ponen en manos de la Providencia.....

BERNICK:- En efecto....la Providencia....

RORLUND:- No tiene usted que atormentarse con escrúpulos. Entréguese valerosamente al trabajo y construya.

BERNICK:- Deseo someterle estos casos particulares: Supongamos que existe una roca que hay que hacer saltar en sitio peligroso, que si no hace saltar, no puede construirse el ferrocarril; supongamos que el ingeniero sabe que costará la vida al obrero que prenda la mecha: hay que pasar, sin embargo, por encima, y su deber es enviar a un obrero a encender la mecha.

RORLUND:- ¡Oh!

BERNICK:- Sé lo que me va usted a decir. Un ingeniero heroico prenderá el mismo fuego a la mecha. Pero eso no se hace. Debe sacrificarse, pues, la vida de un obrero.

RORLUND:- Aquí un ingeniero no se atrevería nunca a dar una orden semejante.

BERNICK:- En el extranjero, ningún ingeniero vacilaría en darla.

RORLUND:- ¿En el extranjero? ¡Ya lo creo! ¡La sociedad está tan corrompida, tan desmoralizada!

BERNICK:- Esa sociedad también tiene mucho de bueno.

RORLUND:- ¿Cómo puede usted decirlo...? ¿Usted?... ¿Usted que....?

BERNICK:- En las grandes naciones saben desenvolverse las empresas útiles porque tienen el valor de hacer los sacrificios necesarios. Aquí está uno encadenado por mil consideraciones mezquinas, se encuentran mil obstáculos.

RORLUND:- ¿La vida humana es una consideración mezquina?

BERNICK:- Cuando esa existencia es un obstáculo para el bienestar de miles de personas.....

RORLUND:- Pero usted supone cosas imposibles de todo punto, señor cónsul: no le comprendo a usted hoy. Usted pone por ejemplo las grandes naciones.... Sí; allí....¿Qué vale una vida humana? Allí la vida solo se considera como capital. Desde el punto de vista moral no se pueden ver así las cosas. Eche usted una ojeada sobre nuestros honrados armadores. Nombreme usted una sola persona que esté dispuesta a sacrificar una vida humana por un hecho miserable....y piense usted en la canallada de esas grandes naciones que, por ganancias insignificantes no dudan en hacer navegar, por ejemplo, a barcos que no pueden ni siquiera mantenerse a flote.

BERNICK:- No le hablo de barcos que puedan o no mantenerse a flote.

RORLUND:- Pero yo si le hablo, señor cónsul.

BERNICK:- ¿Sí?...¿Por qué?...No tiene nada que ver con nuestro asunto. ¡Bah! ¡Esas tímidas consideraciones! Si entre nosotros un general condujese al combate a los soldados y los hiciese matar, no podría dormir tranquilo. Las cosas no pasan así en otros países. ¡Si supiera usted como habla ese!

RORLUND:- ¿Quién? ¿El americano?

BERNICK:- ¡Si le oyese usted contar como en América...!

RORLUND:- ¿Y está aquí? ¿Y usted no me lo dice? Voy enseguida.

BERNICK:- No adelantaría usted nada. Usted no puede nada contra él.

RORLUND:- ¡Eso es lo que vamos a ver! ¡Ah! ¿Está aquí?...

JUAN:- (Habla desde la puerta del despacho de la izquierda, que está abierta, vuelto de espaldas a es escena.) Sí, sí, Dina; convenido. No la abandono a usted. Volveré y lo arreglaremos todo.

RORLUND:- Perdón; ¿pero que pretende usted? ¿Qué quiere usted?

JUAN:- Quiero que esta joven, ante la cual me ha calumniado usted sea mi mujer.

RORLUND:- ¿Su mujer? ¿Y usted espera que...?

JUAN:- Que sea mi mujer.

RORLUND:- En este caso, va usted a saberlo todo. (Se va a las puertas.) Señora Bernick, haga usted el favor de venir, y usted también, señorita Marta. Diga igualmente a Dina que la reclamo. (Viendo a Lona.) ¿También está usted ahí?

LONA:- ¿Puedo entrar como los demás?

RORLUND:- Todos; cuantos más, mejor.

BERNICK:- ¿Qué va usted a hacer? (Entran Lona, la Sra. y la señorita Bernick, Dina e Hilmar.)

SRA. BERNICK:- Aun con la mejor voluntad del mundo, no puedo oponerme, señor vicario.

RORLUND:- Yo sabré impedirlo, Sra. Bernick. Dina, es usted aturdida, pero no quiero censurarla demasiado porque se ha visto usted privada durante mucho tiempo de apoyos morales que la hubiesen preservado. Me culpo por no haber venido antes en su socorro.

DINA:- Ahora no debe usted hablar.

SRA. BERNICK:- ¿Qué significa esto?

RORLUND:- Quiero hablar hoy mismo, a pesar de su conducta de ayer y de ahora. Se trata de su salvación y esta consideración debe anteponerse a todas. ¿Recuerda usted la promesa que le hice el otro día? ¿Recuerda usted la promesa que me hizo en cambio? Pues bien, llegó la hora. No espero más. (A Juan) Esta joven que se atreve usted a pretender es mi prometida.

SRA. BERNICK:- ¿Qué dice usted?

BERNICK:- ¿Dina?

JUAN:- ¿Usted? ¿Ella?

SRTA. BERNICK:- ¡No! ¡No! ¡Dina!

LONA:- ¡Mentira!

JUAN:- Dina, ¿Este hombre dice la verdad?

DINA:- (Después de una vacilación.) Sí.

RORLUND:- Espero que ahora vean ustedes todos sus intentos de seducción. (A Dina.) El paso que acabo de dar por su bien, puede publicarse. Tengo la seguridad de que no se juzgará desfavorablemente. Y esperando, señora Bernick, creo que será conveniente llevar esta joven fuera de aquí a fin de devolver a su espíritu el reposo que ha perdido.

SRA. BERNICK:- Sí. ¡Ven, Dina! ¡Qué suerte para ti!
(Se lleva a Dina. Rorlund les sigue.)

MARTA:- Adiós, Juan.

HILMAR:- (Desde la puerta del jardín.) Ahora sí que puedo decir...

LONA:- No te desanimes, Juan. Me quedaré yo y vigilaré al pastor. (Vase.)

BERNICK:- Juan, ¿no te vas en el "Indian Girl", no es verdad?

JUAN:- Sí. En seguida.

BERNICK:- ¿Pero no regresarás?

JUAN:- Regresaré.

BERNICK:- ¿Después de esta decepción? ¿Qué esperas aquí?

JUAN:- Vengarme de todos vosotros y aniquilarlos, si puedo. (Vase.)

WIEGELAND:- (Que sale con Krapp de la sala del Consejo.) Los papeles están en orden, señor cónsul.

BERNICK:- Muy bien.

KRAPP:- ¿Sigue usted decidido a que salga el "Indian Girl"?

BERNICK:- Ya ha preparado las velas. (Entra en su despacho. Wiegland y Krapp salen por la izquierda. Hilmar quiere seguirles; pero le retiene Olaf, que adelanta la cabeza con precaución por la puerta de la derecha.)

OLAF:- ¡Psit! Tío Hilmar, ¿sabes lo que pasa?

HILMAR:- Sí; ya sé que te ha pegado.

OLAF:- (Mirando, amenazador, al despacho de su padre.) No me pegará más. ¿Sabes también que el tío Juan se va mañana con los americanos?

HILMAR:- ¿Y que te importa? ¡Vete arriba pronto!

OLAF:- Tal vez vaya a América, a cazar búfalos, tío Juan.

HILMAR:- Estás loco, pequeño. No son los mequetrefes como tú los que....

OLAF:- Bueno. Espera. Ya verás mañana.

HILMAR:- ¡Que tonto! (Se va al jardín. Olaf sale precipitadamente y cierra la puerta. Entra Krapp, que llega por la izquierda.)

52

KRAPP:- (Llega hasta la puerta del despacho del cónsul y la entreabre.) Perdone usted si vuelvo, señor cónsul; pero se anuncia una tempestad horrible. (Espera un momento, sin obtener contestación.) ¿El "Indian Girl" debe salir a pesar de eso?

BERNICK:- (Despues de una pausa, desde su despacho.) El "Indian Girl" debe salir de todos modos. (Krapp cierra la puerta y vase.)

ACTO CUARTO

Salón jardín en casa del cónsul Bernick. Han quitado la mesa de labor. Tarde tempestuosa. Está oscuro, y cada vez es mayor la obscuridad. Un criado enciende los candelabros. Rummel, de frac y corbata blanca, da órdenes.

RUMMEL... Enciende la mitad de las luces, Jacob. No es necesario que la habitación tenga el aspecto demasiado alegre ni demasiado solemne. No olvides que se trata de una sorpresa. ¿Y todas esas flores?.... Sí, déjalas. ¡Qué estén como siempre!

BERNICK... ¿Qué significa esto?

RUMMEL... ¡Qué lástima! ¿Estabas ahí? (Al criado) Déjanos. (Vase el criado)

BERNICK... Rummel, ¿qué quiere decir esto?

RUMMEL... Ha sonado la hora más gloriosa de tu vida. La ciudad entera quiere venir esta noche en manifestación a festejar a su primer ciudadano.

BERNICK... ¿Qué dices?

RUMMEL... Una manifestación con música. Hubiéramos también llevado antorchas, pero no nos atrevemos con este tiempo tempestuoso. Van á encender aquí. Esto hará muy buen efecto en los diarios.

BERNICK... Oye, Rummel: no quiero esa manifestación.

RUMMEL..... Es demasiado tarde. Dentro de media hora estarán aquí.

BERNICK... ¿Por qué no me has prevenido?

RUMMEL... Tenía miedo de que te opusieras. Además, me puse de acuerdo con tu mujer. Es mi cómplice y se ocupa de los refrescos.

BERNICK.... ¿Qué es esto? ¿Vienen ya? Me parece oír cantos.

RUMMEL... ¿Cantos?... No, son los americanos: es la partida del "Indian Girl."

BERNICK... ¡Parte! No... no puedo esta noche, Rummel: me encuentro mal.....

RUMMEL... En efecto, tienes mala cara. Necesitas dominarte. ¡Domínate! ¡Si supieras el trabajo que nos ha costado a Altstedt, a Wiegeland y á mí organizar esta manifestación espontánea! Queremos que tus adversarios sean aplastados, aniquilados por esta manifestación de simpatía. Se han extendido por la ciudad unos rumores que nos obligan a declarar cuanto antes las compras de terreno que hemos hecho. Anúncialas esta noche. En medio de los cantos y de los discursos, entre el ruido de los vasos, el entusiasmo de la fiesta, anuncia a la ciudad.... lo que has expuesto por el bien general. En estas ocasiones es cuando se aceptan las cosas más increíbles. Prepara, sin embargo, un poco al público. Si no, no adelantaremos nada.

BERNICK.... Bien, bien, bien

RUMMEL.... ¡Sobre todo para confesar una cosa tan delicada...!. ¡Alabado sea Dios! Tienes una reputación que puede atreverse a todo, Bernick. Para que veas que sabemos lo que llevamos entre manos, Hilmar ha compuesto para ti una canción, letra y música, que empieza con estas palabras: "¡Despleguemos la bandera intelectual." El vicario Rorlund pronunciará el discurso. Tú le contestarás.

BERNICK... No podré ¿Por qué no te encargas tú, Rummel?

RUMMEL.... Contra toda mi voluntad, no. El discurso te lo dedicarán expresamente. Tal vez haya algunas frases para nosotros. Ya he hablado a Altstedt y a Wiegeland. Habíamos pensado que tú contestarías con un brindis por la prosperidad de nuestra sociedad. Altstedt dirá también pocas palabras sobre la armonía que reina entre nosotros. Wiegeland hará un discursito sobre la necesidad de mantener en esta nueva empresa los principios morales que nos han guiado siempre. Yo también tengo intención de pronunciar algunas palabras sentidas y de brindar por esos señores, cuya influencia, por modesta que sea, no deja de ser saludable y significativa. ¿Por qué no me escuchas?

BERNICK..... Te escucho, te escucho. Dime: ¿crees que realmente haya tempestad en el mar?

RUMMEL... ¡Ah! Tienes miedo por el "Palmier." Ya sabes que está bien asegurado.

BERNICK... Sí, asegurado; pero....

RUMMEL... Y en muy buen estado, que es lo más importante.

BERNICK.... ¡Bah! Si el barco se hunde, todo se acaba con unas vidas humanas sacrificadas. El barco, la carga, se pierden tal vez; pero los papeles pueden.....

RUMMEL..... ¡Qué demonio! Los papeles no importan gran cosa.

BERNICK... No, a buen seguro. Quería decir sólo que... Escucha... ¡Aun cantan!

RUMMEL... A bordo del "Palmier" es donde cantan.

WIEGELAND..... (Entrando) Sí, el "Palmier" va a levar anclas. Buenas tardes, señor cónsul.

BERNICK... Usted, que conoce bien el mar, sigue creyendo que...

WIEGELAND.... Tengo una fe inquebrantable en la Providencia, señor cónsul. Además, he ido a bordo y he distribuido algunos libros piadosos en cuya acción benéfica confío.

SANDSTAD..... (Entrando) ¡Sí! ¡Va muy bien! ¡Todo va muy bien! ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

BERNICK... ¿Ocurre algo, señor Krapp?

KRAPP... No lo sé, señor cónsul.

SANDSTAD... La tripulación del "Indian Girl" está borracha. Apuesto cualquier cosa a que esos hombres no llegan vivos al puerto.

LONA.... (Entrando) Me encarga que le despida de ti.

BERNICK... ¿Ya está a bordo?

LONA.... Pronto estará. Nos hemos despedido ya.

BERNICK..... ¿Sigue opinando lo mismo?

LONA.... Es firme como roca en sus decisiones.

RUMMEL... ¡Cualquiera entiende estos inventos! No acierto á cerrar estas persianas.

LONA..... ¿Quiere usted cerrarlas? ¿Crefa, al contrario, que...?

RUMMEL... Cerrarlas de momento, señorita. ¿Sabe usted lo que se prepara?

LONA.... Sí, voy a ayudarle. (Coge los cordones) Voy á hacer un poco de obscuridad para mi cuñado, aunque hubiese preferido hacer luz....

RUMMEL... Ya la hará usted más tarde. Cuando el jardín esté lleno de gente, se abrirá para que pueda verse la agradable sorpresa de esta familia feliz. Una casa burguesa debe ser de cristal. (Bernick quiere decir algo, pero se calla y entra bruscamente en el despacho.)

RUMMEL.... Celebramos ahora el último Consejo. (Entran todos en la sala de Consejo. Lona ha acabado de echar las persianas y va a cerrar la manpara delante de la puerta vidriera, cuando Olaf salta sobre la escalinata. Lona lleva un abrigo y un paquete en la mano.)

LONA.... ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué haces, pequeño? ¡Me has asustado!

OLAF.... (Oculta el paquete) ¡Psit, tía!

LONA... ¿Has saltado por la ventana? ¿Dónde vas?

OLAF..... ¡sit! No digas nada. Quiero ver al tío Juan en el muelle. ¿comprendes?... para despedirme. ¡Buenas noches, tía! (se va al jardín)

LONA... ¡No, quédate aquí!. ¡Olaf! ¡Olaf!

JUAN... (En traje de viaje, en voz baja, desde la puerta) ¡Lona!

LONA... ¿Cómo? ¿Vuelves?

JUAN... Tengo unos minutos todavía. Necesito verla. No podemos separarnos así. (Salen la señorita Bernick y Dina, las dos con manto y ésta con un saquito de mano.)

DINA... ¡Con él! ¡Con él!

MARTA... ¡Sí, vete con él!, Dina!

DINA.... Aquí está.

JUAN... ¡Dina!

DINA... ¡Lléveme con usted!

JUAN... ¿Cómo?

LONA... ¿Quieres?

DINA... ¡Sí, lléveme con usted! El otro me ha escrito. Dice que anunciará esta noche....

JUAN.... ¿No le ama usted?

DINA..... Nunca le he amado. Preferiría arrojarme al mar antes que ser su mujer. ¡Qué pena me dió ayer! ¡Qué orgullo demostraba! ¡Cómo me hacia comprender que me elevaba hasta él, á mí, a una insignificante joven! Ya no tendrá que ser indulgente conmigo. ¡Quiero irme! ¿Puedo irme en su compañía?

JUAN... Sí, sí. Mil veces sí.

DINA.... No seré mucho tiempo gravosa para usted. Lléveme usted. Ayúdeme usted un poco al principio, y después...

JUAN... ¡Bravo! ¡Ya nos arreglaremos, Dina!

LONA.... (Señalando a la puerta del despacho del cónsul) ¡Psit! ¡Hablemos en voz baja!

JUAN.... Dina, quiero ayudarla en todo.

DINA.... No se lo permitiré. En América trabajaré. ¿Me será fácil, no es verdad? ¡Si puedo salir de aquí! ¡Oh! ¡Esos señores! Me han escrito hoy recomendándome que agradeciera la generosidad que tenían conmigo. Mañana, pasado mañana, siempre, me vigilarán para saber si soy realmente digna de mi felicidad, y yo tengo miedo de tanta responsabilidad.

JUAN... Dime, Dina ¿Se va usted sólo por esta razón? ¿No significo yo nada para usted?

DINA... Nadie es tan querido para mí como usted.

JUAN... ¡Oh!, Dina!.

DINA... Todos me dicen que he de despreciarlo y de odiarlo, que ese es mi deber; pero no comprendo este deber y creo que no lo comprenderé nunca.

LONA.... ¡Oh! ¡No! ¡Jamás, hija mía!

MARTA... Tu único deber es seguirlo, porque serás su mujer.

JUAN.... ¡Sí! ¡Sí!

LONA... ¿Cómo! Quiero abrazarte, Marta. No hubiera esperado nunca esto de ti.

MARTA.... Ni yo lo sospechaba siquiera. Era necesario romper el hielo. ¡Cuánto hemos sufrido por sus costumbres, por sus hábitos! ¡Rebélate, Dina! Cástate con él. Sucederá algo que los enlodará a todos.

JUAN... Dina, ¿Qué responde usted?

DINA... Seré su mujer.

JUAN... ¡Dina!

DINA... Pero antes quiero trabajar, ser algo.... Ser una cosa que se toma... no, no quiero.

LONA... Sí, está bien, muy bien.

JUAN... Fuerzas me dará la esperanza para aguardar, y espero...

LONA... ¡Conquistarla, Juan! ¡Ahora a bordo!

JUAN.... ¡A bordo! Lona, hermana querida, una palabra antes. (La lleva al foro y la habla rápidamente)

MARTA.... ¡Dina! dichosa criatura, deja que te vea por última vez! ¡Deja que te abrace por última vez!

DINA... Pero no por última vez. Mi querida, mi amadísima tía, volveremos a vernos.

MARTA.... ¡Nunca! Prométeme, Dina, que no volverás nunca. (La coge las dos manos y la mira fijamente) Vé por el mar inmenso adonde te llama la felicidad, niña querida. ¡Cuántas veces, en la escuela, soñé con ese mar! Debe ser muy hermoso aquello, el cielo más inmenso, las nubes flotando más altas que aquí y el hombre respirando un aire más libre.

DINA... Tía Marta, vendrás algún día a reunirme con nosotros.

MARTA... ¿Yo? ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Tengo un deber que cumplir aquí!

DINA... No puedo creer que estaré siempre lejos de ti.

MARTA... A todas las separaciones se resigna uno, Dina. (La besa) ¡Prométeme hacerle dichoso, niña querida!

DINA... No quiero prometer. Odio las promesas. Todo sucede por voluntad de Dios.

MARTA... Sí, sí, es verdad. Sé lo que eres: fiel y sincera contigo misma.

DINA... Seré fiel y sincera, tía.

LONA... (Guardándose en el bolsillo algunos papeles que Juan la entrega) ¡Bien! ¡Bien, querido Juan! ¡Y ahora vete!

JUAN... Sí, no hay tiempo que perder. ¡Adiós! ¡Gracias por todo tu cariño! ¡Adiós, Marta! ¡Bendita seas por tu fiel amistad!

MARTA.... ¡Adiós, Juan! ¡Adiós, Dina! ¡Sed dichosos juntos! (Lona y Marta acompañan hasta la puerta a Juan y Dina, que se alejan rápidamente por el jardín. Lona cierra la puerta y corre la cortina.)

LONA... Ahora estamos solas, Marta. Pierdes a Dina y yo pierdo a Juan.

MARTA... ¿Tu?... ¿El?...

LONA... De todos modos lo hubiera perdido. Lo comprendo. Querría volar con sus propias alas, y por eso le hice creer que sentía la nostalgia de mi tierra.

MARTA... ¿Por esto? Ahora ya comprendo por qué has vuelto. Pero, él te reclamará, Lona.

LONA... ¿De qué podría servirle en el porvenir una hermana vieja como yo? El hombre no vacila en quebrantar afectos para conseguir su felicidad.

MARTA... ¡Sí! Es verdad....

LONA... Nos consolaremos juntas, Marta.

MARTA... ¿Qué puedo ser para tí?

LONA... Somo dos madres adoptivas que perdieron sus hijos y quedaron solas.

MARTA... Sí, muy solas. Por esto puedo decirte claro: le he amado.

LONA.... (Cogiéndole las manos) ¡Marta! ¿Es verdad?

MARTA... Toda mi vida se resume en esto: le amé y le he esperado. Siempre me decía: volverá, volverá, y vino, pero no me vió.

LONA... ¡Le has amado! ¿Y eres tú la que le das la felicidad?

MARTA... Porque le amaba, quise verle feliz. Si le amé. Fué el dueño de mis acciones desde el día en que se marchó. ¿Te preguntas, sin duda, qué esperaba? Tenía motivos para esperar. Pero cuando vino, todo recuerdo se había borrado de su alma. Pasó sin verme.

LONA... Fué Dina la que te envolvió en sombras, Marta

MARTA... ¡Y fué gran suerte que así fuera! Cuando se fué, éramos de la misma edad; pero cuando volvió, comprendí que le llevaba diez años. Allá bajo un sol claro y alegre, respiraba juventud y fuerza, en una atmósfera más pura. Mientras que yo aquí... hilaba... hilaba....

LONA... Hilabas la madeja de su felicidad, Marta.

MARTA... Sí, hilaba con oro. No lo siento. ¿No es verdad, Lona, que fuimos para él dos buenas hermanas?

LONA... ¡Marta!

BERNICK... (Hablando con las personas que están en el despacho) ¡Sí! ¡Sí! Haga usted lo que le parezca. Vendré cuando sea tiempo. (Cierra la puerta) ¡Ah! ¿Estáis ahí? Marta, es necesario que te arregles un poco. Betty también. Nada lujoso. Un sencillo y elegante traje de interior. Pero os ruego que os deis prisa....

LONA... También hacen falta una cara sonriente y unos ojos alegres, Marta.

BERNICK... Que baje Olaf. Quiero que esté aquí, á mi lado.

LONA... ¡Bah! ¡Olaf!

MARTA... Voy a decir a Betty....(vase)

LONA... Se aproxima la hora de la gran fiesta.

BERNICK... (Que se pasea muy agitado) Sí ha llegado.

LONA... El hombre, en un momento así, debe sentirse feliz y orgulloso.

BERNICK... (Mirándola) ¿Eh?

LONA... Según me han dicho, en toda la ciudad hay iluminaciones

BERNICK... En efecto

LONA... Todas las sociedades van a llegar con los estandartes al frente. Tu nombre brillará en letras de fuego. Los esplendores de esta noche se telegrafiarán a todas partes: "Rodeado de su feliz familia, el cónsul Bernick, una de las columnas más fuertes de la sociedad, recibió el homenaje de sus conciudadanos."

BERNICK... Poco ha de tardar. La muchedumbre, con sus gritos y con sus vivas, me obligará a presentarme. Me verá obligado a saludarla y darle las gracias.

LONA... ¡Oh! ¡Obligado...!

BERNICK... ¿Crees que soy feliz en este momento?

LONA... No, no creo que puedas ser feliz.

BERNICK... Lona, tú me desprecias.

LONA... Aún no.

BERNICK... Además, tampoco tienes derecho a despreciarme... Si pudieras comprender lo solo que me encuentro entre esta muchedumbre de espíritu apocado y mezquino. De año en año tuvo que ir renunciando al sueño que acariciaba de tener una vida más amplia y más completa. ¿Y que hice? Pequeñeces:..., bagatelas... Aquí no puede intentarse nada. Si hubiera querido sostener ideas de progreso, hubiese acabado mi influencia. ¿Sabes lo que somos nosotros a quienes llaman columnas de la sociedad? Sus instrumentos, ni más ni menos.

LONA... ¿Por qué no te has dado cuenta de ello hasta hoy?

BERNICK... Porque en estos últimos días... desde que estás aquí y sobre todo... esta noche, he reflexionado mucho. ¡Ah! Lona, ¿por qué no te conocí mejor antes?

LONA..... ¿Y qué?

BERNICK... No te hubiera abandonado y no me encontraría como me encuentro.

LONA... ¿La que elegiste en mi lugar no desempeñó este papel a tu lado?

BERNICK... En todo caso, no fué la compañera que necesitaba

LONA... Porque nunca la iniciaste en la vida. Porque nunca tuviste con ella relaciones sinceras y libres, porque la atormentaste con quejas de la deshonra en que tú mismo habías hundido a su familia.

BERNICK... Sí, sí, la mentira es la causa de todo

LONA... ¿Por qué no rompes con ella entonces?

BERNICK... ¿Ahora? ¿Ahora? Es demasiado tarde, Lona.

LONA... Ricardo, dime qué felicidad encuentras en esas hipocresías y en esos engaños.

BERNICK... Ninguna. Quisiera desaparecer con toda esta sociedad corrompida. Pero después de nosotros vienen otras generaciones. He de trabajar para mi hijo. He de prepararle una labor seria. Llegará una época en que la verdad se abra paso en la vida social. Tal vez sea más feliz que su padre.

LONA... ¿Y construirás este edificio sobre una mentira? ¿Has reflexionado en la herencia que le dejarás?

BERNICK... (Con desesperación) Le dejaré una herencia mil veces peor de la que sospechas. Pero algún día será levantada la maldición. Y sin embargo, ¿porqué os conjuráis todos contra mí? Ahora acabó todo. He de ir hasta el fin. No puede retroceder. ¡Y no conseguireis doblegarme!

HILMAR... (Con una carta abierta) Pero esto es.... ¡Betty! ¡Betty!

BERNICK... ¿Qué pasa? ¿Llegan ya.....?

HILMAR... ¡No! ¡No! Necesito ver á... (Vase por la puerta del jardín)

LONA... Ricardo, dices que habíamos resuelto perderte, y voy a probarte el hermoso corazón que tiene el hombre á quien tratáis como apestado, el que acaba de salvarte con su marcha.

BERNICK... Pero volverá.

LONA... No volverá. Se marcha para siempre, y Dina va con él.

BERNICK... ¿Se marcha para siempre y Dina va con él?

LONA.....Sí, se casa con él. Arrojan los dos el guante de desafío a vuestra virtud; como yo, en otro tiempo....

BERNICK... ¿Embarcó... ella también... en el "Indian Girl"

LONA... No. No ha querido confiar un tesoro tan precioso á esos bandidos. Juan y Dina han embarcado en el "Palmier."

BERNICK... ¡Ah! Si es así... es inútil. (Atraviesa rápidamente la escena, abre violentamente la puerta del despacho y grita) Krapp, diga usted al "Indian Girl que suspenda la marcha; no saldrá hasta mañana.

Krapp(Desde el despacho) ¡El Indian Girl está ya navegando, señor cónsul!

BERNICK... (Con voz alterada) ¡Demasiado tarde! Y de todo punto inútil...

LONA... ¿Qué quieres decir?

BERNICK... ¡Nada! ¡Nada! ¡Vete!

LONA... ¿Eh? Escucha, Ricardo. Juan me rogó que te dijese que me confiaba el cuidado de su honor, que le robaste durante su ausencia. Juan callará. Pero yo puedo hacer ó dejar hacer lo que me plazca. Ten, mira: aquí mismo... tengo tus dos cartas, aquí en mis manos...

BERNICK... ¿Las tienes? Y ahora, ahora quieres... tal vez esta noche... tal vez durante la manifestación...

LONA... No vine a denunciarte, sino á hacerte hablar voluntariamente. No lo conseguí. Pues bien, persiste en tu mentira. Mira, rompo estas dos cartas. Toma los pedazos. ¿los ves? Ya no tenemos arma alguna contra tí, Ricardo. Vive tranquilo y dichoso ahora, si puedes.

BERNICK... (Con desesperación) Lona, ¿por qué no lo hiciste antes? Es demasiado tarde. Ahora he destrozado mi vida.

LONA.... ¿Qué ha sucedido, pues?

BERNICK... No me lo preguntes. Y, sin embargo... ¡Es preciso que viva! ¡Debo vivir para mi hijo! ¡El expiará y reparará!

LONA... ¡Ricardo!

HILMAR... (Que entra muy agitado) No encuentro a nadie. Todos se han ido. Betty también.

BERNICK... ¿Qué tienes?

HILMAR... No me atrevo a decírtelo.

BERNICK... ¿Qué pasa? Responde. Quiero que me respondas.

HILMAR... ¿Lo quieres? Pues sea. Olaf... se ha marchado...en el "Indian Girl."

BERNICK... ¡Olaf! ¿En el "Indian Girl"? ¡No! ¡No! Mientes....

LONA... Sí, debe ser verdad. Ahora lo comprendo. Le vi saltar por la ventana.

BERNICK... (Con desesperación volviéndose hacia la puerta del despacho) Krapp, hay que retener á toda costa al "Indian Girl"

KRAPP... (Saliendo del despacho) Imposible, señor cónsul; ¿cómo quiere usted que....?

BERNICK... ¡Te digo que hay que impedir que salga! ¡Olaf va a bordo!

KRAPP... ¿Qué dice usted?

RUMMEL.....(Saliendo) ¿Olaf se ha ido? ¡Imposible!

SANDSTADT... Le harán volver en el bote del práctico, señor cónsul.

HILMAR ¡No! ¡No! Me ha escrito. (Enseñando una carta) Me dice que se ocultará en la bodega hasta que el barco esté en alta mar.

BERNICK... ¡Ya no le veré más!

RUMMEL... ¡Vaya! ¡Qué locura! Un buen barco, y tan sólido, que acaba de ser reparado.

WIEGELAND... ¡En nuestro propio astillero, señor cónsul!

BERNICK... ¡Ya no le verá más! ¡Os digo que no le veré más! ¡He perdido á mi hijo, Lona! Comprendo, comprendo que no fui buen padre para él.
(Escuchando) ¿Qué es eso?

RUMMEL... La música. La manifestación que se acerca.

BERNICK... No puedo. No puedo recibir á nadie.

RUMMEL... ¿Y piensas...? ¡Qué locura!

SANDSTADT... ¡Locura, señor cónsul! Piense usted en los intereses que están en juego.

BERNICK... Y ¿qué me importan? ¿Para quién trabajaré en adelante?

RUMMEL... ¿Y lo preguntas? ¿Y nosotros? ¿Y la sociedad?

WIEGELAND... Es verdad

SANDSTADT... Olvida usted, señor cónsul, que usted....

MARTA... (Que llega por la derecha) ¡Ya está ahí la manifestación! (Cada vez se oye más cerca la música.) ¡Y Betty, que no está en casa! No comprendo dónde....

BERNICK... ¡No está aquí! Ya lo ves, Lona. Todo me falta. No encuentro apoyo ni en la alegría ni en el dolor.

RUMMEL... ¡Vaya! ¡Subid las cortinas! ¡Ayúdeme usted, señor Krapp, y usted también, señor Sandstad! Es lástima que la familia se encuentre tan dividida... Es contrario al programa de la manifestación. (Levantadas las cortinas y abiertas las puertas, se ve enfrente de la casa un gran transparente con la inscripción: "Viva el cónsul Bernick, la columna más fuerte de la sociedad")

BERNICK..... (Retrocediendo, avergonzado) ¡Quitad eso! ¡No quiero verlo!
¡Apagad, apagad las luces!

RUMMEL..... Pero, con todo el respeto debido, ¿Te has vuelto loco?

MARTA..... ¿Qué tiene, Lona?

LONA..... ¡Psit! (La habla en voz baja)

BERNICK... ¡Quitad esa burla! ¿No veis que todas esas luces nos sacan la lengua?

RUMMEL..... ¡Es demasiado!

BERNICK... ¡Ah! ¡Ya adivino! ¡Ya adivino! ¡Las antorchas funerarias!

KRAPP... ¿Eh?

RUMMEL... ¿Sabes que lo tomas demasiado a pecho?

SANDSTADT.... El pequeño va á hacer una excursión por el Atlántico, después de la cual volverá.

WIEGESLAND... ¡Tenga confianza en la Providencia, señor cónsul!

RUMMEL... En tu barco, Bernick. Me parece que puede navegar.

KRAPP... ¡Lo que es eso!

RUMMEL... Sí, si fuera en una de esas tumbas flotantes que tienen las grandes compañías.

BERNICK..... ¡Oh! ¡Siento que mis cabellos se vuelven blancos en este momento!

SRA. BERNICK... (Con un chal sobre la cabeza, llega por la puerta del jardín)
Ricardo, Ricardo, ¿sabes?

BERNICK... Sí, sé; pero tú, tú que no ves ni sabes nada, que nunca le vigilaste
como hubiera hecho una buena madre....

SRA. BERNICK... ¡Esta sí que es buena!

BERNICK... Sí, porque no le vigilaste. Ahora está perdido para nosotros; de-
vuélvemelo si puedes.....

SRA. BERNICK... ¡Ya lo creo que puedo!

BERNICK... ¿Encontrado? ¿Vuelto?

TODOS... ¡Oh!

HILMAR... Me lo había figurado.

MARTA.... ¡Se ha encontrado, Ricardo!

LONA... Ahora debes merecer esta felicidad.

BERNICK... ¿Vuelto? ¿Es verdad? ¿Dónde está?

SRA. BERNICK.... No te lo diré hasta que le hayas perdonado.

BERNICK... ¡Perdonarle! Pero, ¿cómo supiste....?

SRA. BERNICK... ¿Piensas que una madre no sabe ver? Tenía una angustia mortal
de que te enteraras.... Dos ó tres palabras que dejó escapar ayer...
su alcoba vacía, su maleta y sus enseres desaparecidos.....

BERNICK... Sí, sí

SRA. BERNICK... Corrí, Encontré a Aune.... Tomamos un barco de vela. El barco
americano levaba anclas. A Dios gracias llegamos a tiempo. Su-
bimos a bordo, registramos la bodega y lo encontramos. ¡Ricardo,
no debes castigarle!

BERNICK... ¡Betty!

SRA. BERNICK... ¡Ni a Aune tampoco!

BERNICK... ¿Aune? ¿Qué ha hecho? ¿Partió el "Indian Girl"?

SRA. BERNICK... No; precisamente por eso....

BERNICK... ¡A ver..... ¡Habla!

SRA. BERNICK... Estaba tan angustiado como yo. Las investigaciones emplearon
bastante tiempo, vino la noche, el práctico puso dificultades, y
Aune dijo en tu nombre.....

BERNICK... ¿Qué?

SRA. BERNICK... ¡Qué continuara anclado hasta mañana!

KRAPP... ¿Eh?

BERNICK... ¡Qué felicidad!

SRA. BERNICK... ¿No te enfadas?

BERNICK... Soy demasiado feliz, Betty

RUMMEL... Tienes demasiada conciencia para todo.

HILMAR... Sí, cuando se trata de librar batalla a los elementos... ¡Oh! ¡Oh!

KRAPP... (desde la ventana) La manifestación entra en el jardín, señor cónsul.

BERNICK... Ahora sí puede venir

HILMAR... El jardín está lleno de gente.

SANDSTADT... ¡Y la calle también!

RUMMEL... Toda la ciudad está ahí, Bernick. Verdaderamente es una hermosa manifestación.

WIEGELAND... Gocemos de ella con humildad de corazón, señor Rummel.

RUMMEL... ¡Todas las banderas desplegadas!... ¡Qué hermosa manifestación! ¡Ah! ¡Ahí viene la presidencia con el vicario Rorlund al frente.

BERNICK..... ¡Qué vengan!

RUMMEL... Escucha: en la excitación en que estás.....

BERNICK.... ¿Qué?

RUMMEL.... No tendría inconveniente en tomar la palabra por ti.

BERNICK... Gracias, Quiero hablar esta noche.

RUMMEL... ¿Sabes por lo menos lo que tienes que decir?

BERNICK... No temas, Rummel. Ahora sí sé lo que tengo que decir. (Para la música, se abre la puerta del jardín. Rorlund entra al frente de la presidencia, acompañado de algunos criados que llevan una cesta tapada. Detrás entran los burgueses de la ciudad hasta llenar el salón. Por el jardín y por la calle se ve un gran número de estandartes y banderas.)

RORLUND.... Honorable señor cónsul: en el asombro de su rostro leo que somos huéspedes inesperados en el círculo de su familia feliz, en su tranquilo hogar, donde le rodean tantos amigos probos é infatigables en sus obras buenas y hermosas, provechosas á todos. Pero nuestro corazón experimentó la necesidad de ofrecerle un sincero homenaje. No es la primera vez que tenemos esta suerte, pero nunca había adquirido nuestra manifestación proporciones tan grandiosas. Desde hace mucho tiempo queríamos darle las gracias por el sólido apoyo moral que presta á nuestra sociedad, si me atrevo á expresarme así. (Voces en el gentío y entre ellas la de Wiegeland: ¡Bravo! ¡Bravo!) Hoy rendimos tributo en primer lugar al ciudadano abnegado, infatigable, desinteresado y clarividente que tomó la iniciativa de una empresa cuyas brillantes apariencias permiten creer que ha de contribuir en gran manera al bienestar moral y material de nuestra sociedad. (Voces que gritan: ¡Bravo!) Señor Cónsul, desde hace muchos años fué usted para nuestra ciudad ejemplo luminoso. No hablo aquí de su irreprochable vida familiar ni de su moralidad sin tacha: son cosas que no deben mencionarse en una fiesta como la de hoy. Pero quiero hablar de la actividad que muestra usted ante nosotros. Navíos maravillosamente equipados salen de sus astilleros y llevan su bandera a los mares más lejanos. Numeroso ejército de trabajadores le mira como a un padre; ha abierto usted al comercio desconocidos horizontes; ha creado usted industrias que dan de comer a centenares de familias. En resumen: usted es, en el sentido absoluto de la palabra, la piedra angular de nuestra sociedad. (Voces: ¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo!) Y ha sido precisamente el desinterés, de que toda su vida llevó el señño, el que ha producido resultados tan satisfactorios, sobre todo en estos últimos años. En el momento actual, usted está a punto de darnos, no vacilo en pronunciar el nombre prosaico, un ferrocarril. (Muchos: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!) Es cierto que esta empresa parece haber tropezado en su principio con algunas dificultades, cuyo origen se encontraría fácilmente en consideraciones estrechas y egoístas. (Voces: ¡Silencio! ¡Silencio!) No se ignora, sobre todo, que ciertos individuos que no pertenecen a nuestra sociedad han sorprendido a nuestros industrioses ciudadanos y han encontrado el modo de realizar grandes ganancias que debieran beneficiar a la ciudad. (Voces: ¡Sí! ¡Sí! ¡Silencio!) Como es natural, usted se enteró, señor cónsul, del incidente deplorable; pero no desistió usted, con firmeza loable, de su empresa, porque un buen ciudadano no debe tener presente sólo la felicidad de su propia ciudad. (Muchos: ¿Cómo? ¿Cómo? ¡No! ¡No! ¡Sí! ¡Sí!)

Así que es a un tiempo mismo al ciudadano del Estado y al habitante de la ciudad; en una palabra: al hombre, en su acepción más completa, al que tributamos nuestro homenaje esta noche. ¡Ojalá su empresa sea en provecho real y duradero de la sociedad entera! Ciertamente es que el ferrocarril puede ser brecha por la que se introduzcan elementos corruptores y males aún desconocidos. Pero por esta brecha se irá también con igual rapidez. Estos elementos corruptores habían llegado ya; pero, precisamente, en esta noche de fiesta, si he de dar crédito al rumor, nos hemos librado de ellos, afortunadamente, antes de lo que esperábamos. Yo (¡psit! ¡Psit!) considero esta marcha de buen augurio para el éxito de su empresa, y, si me atrevo a decirlo, prueba que en esta casa se colocan las exigencias de la moral por encima de los vínculos de familia.
(Voces: ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Bravo!)

BERNICK... Permítame usted.....

RORLUND.... Unas palabras más, señor cónsul. Lo que hizo usted por nuestra ciudad no lo hizo, ciertamente, con intención de que le reportara beneficio personal. Pero no rechazará usted una hábil muestra de la gratitud de sus conciudadanos en esta hora solemne en que, según los hombres prácticos, comienza una era nueva. (Muchas voces: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Silencio! Hace una señal a los criados, que acercan el cesto. Los miembros de la presidencia ofrecen los objetos que contiene.) Señor cónsul, le ofrecemos un servicio de café de plata. ¡Qué adorne su mesa, cuando podamos en el porvenir, como ya la tuvimos frecuentemente en el pasado, la alegría de reunirnos bajo este techo hospitalario! Y á vosotros también, señores, que siempre os apresurasteis a ofrecer vuestro concurso a nuestro primer ciudadano, os rogamos que aceptéis este pequeño recuerdo. Esta copa de plata es para usted, señor Rummel, por la elocuente defensa que tantas veces hizo de nuestros intereses. ¡Ojalá encuentre con frecuencia ocasión de llenarla y de brindar con ella! A usted, señor comerciante Sandstadt, ofrezco este álbum con fotografías de nuestros conciudadanos. Su caridad tan conocida, tan indiscutible, le ha permitido fácilmente conseguir amigos en todos los partidos. A usted, señor Wiegeland, para adornar su despacho le ofrezco esta Biblia en papel vitela, con lujosa encuadernación. Gracias a la bienhechora influencia de la edad, formó usted un concepto serio de la vida y su trabajo siempre fué ennoblecido por el pensamiento de un más allá, por el pensamiento de lo alto. (Volviéndose hacia la muchedumbre) Y ahora, amigos míos, un ¡viva! al cónsul señor Bernick y á los que combaten a su lado. ¡Vivan las columnas de la sociedad!

LA MUCHEDUMBRE... ¡Viva el cónsul Bernick! ¡Vivan las columnas de la sociedad!
¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

LONA.... Le felicito. (Silencio profundo)

BERNICK.... (Con voz grave) Queridos conciudadanos: el orador que ha hablado en vuestro nombre ha dicho que esta noche empezaba una era nueva. Espero que se realice esta afirmación. Pero para que pueda ser así, debemos confesar la verdad, la verdad, que, desgraciadamente, hasta ahora no presidió ninguno de nuestros actos. Yo mismo confieso que no trabajé siempre por vuestros verdaderos intereses. Ahora me doy cuenta de que el deseo de aumentar mi importancia y mi consideración fué el único fin de la mayor parte de mis actos.

RUMMEL... (En voz baja) ¿Qué quiere decir esto?

BERNICK... Sin embargo, no me lo reproche porque me creo digno de figurar entre los conciudadanos que hayan podido ser más útiles a la ciudad. (Muchos: ¡Si! ¡Si!) De lo que sí siento remordimientos es de haber sido demasiado débil y elegir caminos extraviados porque conocía vuestras preferencias y porque temía que atribuyeseis a móviles inconfesables mis empresas. Ahora llego al fin.

RUMMEL... (Agitado) ¿Eh? ¿Eh?

BERNICK... Se ha extendido por la ciudad el rumor de la compra de vastos terrenos. Estos terrenos soy yo quien los ha comprado, yo solo.
(Voces contenidas: ¿Qué dice? ¿El cónsul? ¿El cónsul Bernick?)

Actualmente soy el único poseedor. Naturalmente, mis colaboradores están interesados en el asunto: los señores Rummel, Altstedt y Wiegeland y yo nos hemos unido para....

RUMMEL... ¡No es verdad! ¡Pruebas! ¡Pruebas!

WIEGELAND... No sabemos nada.

SANSTADT... Esto ya es demasiado.

BERNICK... Muy bien. Bueno, pues no nos hemos unido a propósito de lo que voy a decirlos. Espero que esos señores aprobarán mi idea de ofrecer esos terrenos por medio de una lotería, cuyos billetes valdrán el precio de coste. (Muchos: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva el cónsul Bernick!)

RUMMEL... (En voz baja, a Bernick) ¡Qué traición más despreciable!

SANDSTADT..... ¡Se ha burlado de nosotros!

WIEGELAND..... ¡Qué se lo lleve el demonio....! ¡Dios mío! ¡Qué he dicho?

BERNICK... No aplaudáis, señores. No tengo derecho a vuestra admiración porque mi resolución es muy reciente. Mi primera intención fué la de quedarme con todo. Y por otra parte, aun soy de opinión que esas propiedades producirían mucho más si quedaban en manos de uno solo. Pero vosotros debéis elegir. Yo estoy dispuesto, si lo deseáis, a administrarlas lo mejor que pueda. (Voces: ¡Si! ¡Si!) Sin embargo, es necesario que mis conciudadanos empiecen a conocerme. Una nueva era empieza hoy. El pasado, con su hipocresía, sus mentiras, su falsa honestidad y sus conveniencias engañosas, no será para nosotros en lo futuro más que un museo abierto para nuestra instrucción. Nosotros lo ofrecemos, ¿no es cierto, señores? este servicio de café, esta copa, este álbum, esta Biblia en papel vitela con una encuadernación tan lujosa.

RUMMEL..... Naturalmente.

WIEGELAND.... (Murmurando) Y si tiene usted...

SANDSTADT.... Haga el favor de....

BERNICK... Ahora quiero acabar de rendir cuenta de mis actos a la sociedad. Se ha dicho esta noche que se habían alojado de nosotros elementos perversos. Puedo agregar un dato que no es conocido. El hombre al cual se aludía no ha partido solo: su prometida le acompaña.

LONA... Dina Dorff

RORLUND... ¿Cómo?

SRA. BERNICK.... ¿Qué dices? (Grandes murmullos)

RORLUND..... ¡Raptada!... ¡Huída!... ¡Con él!... ¡Es imposible!

BERNICK... Seré su mujer, señor vicario; pero aun debo confesar algo más. (En voz baja) Betty, armate de valor y oye bien lo que voy a decir. (En voz alta) Señores, descubríis ante ese hombre que aceptó valerosamente la responsabilidad de faltas ajenas. Queridos conciudadanos, quiero acabar con esta mentira, porque la mentira ha estado a punto de dominarme por completo. Vais a saber la verdad. El culpable hace quince años fui yo.

SRA. BERNICK..... (En voz baja y temblorosa) ¡Ricardo!

MARTA..... (Con entusiasmo) ¡Oh! ¡Juan.....!

LONA..... ¡Por fin eres libre! (Asombro general)

BERNICK... Sí, queridos ciudadanos; yo fué el culpable y él se desterró. No es posible destruir ahora las mentiras calumniosas que se esparcieron desde entonces; pero no acuso de haberme servido de ellas como pedestal. Si hoy ocasionan mi pérdida, será tema de reflexiones saludables para vosotros.

RORLUND... ¡Qué rayo! ¡El primer ciudadano de la población! (A la señora Bernick) ¡Cuánto la compadezco, señora!

HILMAR... ¡Esa confesión....! ¡No! Eso es demasiado.

BERNICK... No tomemos determinación alguna esta noche. Volved a vuestras casas, tranquilizaos, reflexionad. Cuando recobréis vuestra sangre fría veremos si he ganado o he perdido en vuestro aprecio por mi confesión. ¡Hasta la vista! Tengo otras cosas de que acusarme, pero éstas sólo afectan á mi conciencia. ¡Buenas noches! ¡Quitad estos adornos de fiesta! ¡Ya sabemos todos que están fuera de lugar!

RORLUND... Sí, desde luego. (A la señora Bernick) ¡Se ha ido! ¡Era, pues, indigna de mí! (A la presidencia de la manifestación) Sí, señores; después de este incidente, creo que lo mejor que podemos hacer es retirarnos.

HILMAR... ¡Cómo tremolar en alto la bandera intelectual ahora que...! ¡Oh! ¡Oh! (Las palabras del señor Bernick son repetidas por la muchedumbre, que se retira lentamente por el jardín. Altsetdt, Wiegeland, y Rummel se van después de haber cambiado algunas palabras. En el salón quedan en silencio los individuos de la familia y el señor Krapp.)

BERNICK... Betty, ¿me perdonarás algún día?

SRA. BERNICK..... (Sonriendo) ¿Sabes, Ricardo, que acabas de enseñarme un horizonte hermoso para el porvenir?

BERNICK... ¿Cómo?

SRA. BERNICK... Durante mucho tiempo creí que te poseía, y que después te había perdido. Ahora comprendo que nunca me has pertenecido y que vas á ser mio.

BERNICK... (Abrazándola) Sí, Betty, Soy tuyo. Gracias a Lona, supe conocerte. Ahora puede venir Olaf.

SRA. BERNICK... Sí, va á venir. Señor Krapp. (Le habla en voz baja y vase. Poco a poco se apagan las luces.)

BERNICK.... Gracias, Lona: me has salvado y has salvado a cuanto de bueno existía en mí.

LONA... ¿Deseas algo más?

BERNICK.... ¿Sí?... ¿ó no? No me doy cuenta claramente de tus intenciones.

LONA.... ¡Hum!.

BERNICK... ¿No es por odio? ¿Ni por venganza? Entonces, ¿para que volviste?

LONA... Un antiguo amor no se olvida tan pronto.

BERNICK... ¡Lona!

LONA... Cuando Juan me confesó la verdad, me juré a mí misma que el héroe ideal de mi juventud, gracias a mí, entraría en el buen camino.

BERNICK... ¿Qué puedo merecer en mí esta solicitud, en mí, tan indigno?

LONA... Es que nosotras las mujeres tenemos ideas especiales sobre el mérito, Ricardo.

BERNICK... ¡Olaf!

OLAF... Papá.... te prometo... que nunca más yo...

BERNICK... ¿Me escaparé?

OLAF... Sí, te lo prometo, papá

BERNICK... Y yo te prometo que nunca más tendrás ocasión de desearlo. A partir de hoy, ya no te consideraré como mi heredero, como el continuador de mi misión. Te trataré como á joven que tiene que elegir libremente el camino de su vida.

OLAF... ¿Puedo elegir yo mismo una carrera?

BERNICK... Sí, puedes.

OLAF... Gracias, papá. Pues oye, yo no quiero ser... una columna de la sociedad...

BERNICK... ¿No? ¿Por qué?

OLAF... Me parece que debe ser muy penoso.

BERNICK... Bastará que seas un hombre honrado, Olaf. En lo demás, sucederá lo que Dios quiera... y tú, Aune....

AUNE... Estoy despedido, señor cónsul, ya lo sé.

BERNICK... No, te quedarás conmigo, Aune, y perdóname.

AUNE... ¿Cómo? Pero el barco no sale esta noche....

BERNICK... Ni mañana tampoco. Había fijado un plazo demasiado corto. Habrá que examinarlo despacio y hacer todas las reparaciones necesarias.

AUNE... Será usted obedecido, señor cónsul, y lo será usted con las nuevas máquinas.

BERNICK... Muy bien, Aune. Cuidadosa y concienzudamente. Muchas cosas nuestras necesitan reparación. Buenas noches, Aune.

AUNE... Buenas noches, señor cónsul, y gracias, gracias, gracias. (vase por la derecha)

LONA... Ya se han ido todos.

BERNICK... Nos quedamos solos. Mi nombre no brilla ya en letras de fuego. En las ventanas, todas las luces están apagadas.

LONA... ¿Desearías que estuviesen encendidas?

BERNICK... ¡Por nada en el mundo! Os estremeceríais de horror si supierais en donde he estado a punto de caer. Me parece que curo de un fuerte envenenamiento, que encuentro el reposo y la salud y que me he de hallar rejuvenecido. ¡Venid más cerca de mí! ¡Apretaos más fuertemente en torno mio! ¡Ven, Betty! ¡Ven, Olaf, hijo mio! ¡y tu, Marta! a veces se me figura que no te he visto hace muchos años.

LONA... Lo creo. Vuestra sociedad es una sociedad de burgueses que no se fija en las mujeres.

BERNICK... Es verdad. También tú, Lona, te quedarás siempre con Betty y conmigo.

SR... BERNICK... Sí, Bernick; con nosotros.

LONA... ¿Y cómo iba a asumir la responsabilidad de abandonaros a vosotros, jóvenes que acabáis apenas de encontraros?... ¿No soy por vocación madre adoptiva?... Marta, somos dos tías viejas... ¿Qué miras?

MARTA... Miro cómo se aclara el cielo y cómo brilla sobre el mar. El "Palacio" es prenda de felicidad.

LONA... Sí, la felicidad va también a bordo.

BERNICK... Nosotros, yo sobre todo, tenemos por delante un porvenir de trabajo grande y serio. Pero no me asusto porque uniréis vuestras fuerzas tan leales, tan sinceras, a las mías. Acabo de descubrir esta bordad: las mujeres con las columnas de la sociedad.

LONA... ¿Dónde aprendiste esta moral, cuñaso? (Poniéndole una mano sobre el hombro) No; las verdaderas columnas de la sociedad son la libertad y la verdad.